

PERSONAJES

ANDRÉI SERGUÉIEVICH PRÓSOROV.

NATALIA IVÁNOVNA (NATASHA), su novia, luego su mujer.

OLGA (OLECHCA) - 28

MASHA - 25

IRINA, sus hermanas. 20

FIÓDIR ILYÍCH KULÍGUIN, maestro de escuela, marido de Masha.

ALEKSÁNDR IGNÁTIEVICH VERSHININ, teniente coronel, comandante de batería. 40-45

NIKOLÁI LVÓVICH TÚSENBACH, barón, teniente del ejército. 30

VASÍLY VASÍLICH SOLIÓNY, capitán.

IVÁN ROMÁNICH CHEBUTÍKIN, médico del ejército. 60

ALEKSÉI PETRÓVICH FEDÓTIK, teniente 2º.

VLADÍMIR KÁRLOVICH RODE, teniente 2º.

SPIRIDÓNICH FERAPÓNT, sereno del consejo municipal, anciano.

ANFISA, vieja niñera de 80 años.

La acción tiene lugar en una ciudad de provincia.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

TRÉS HERMANAS

ACTO I

autor: ANTON CHEJOV

*En la casa de los PróSOROV. Sala con columnas detrás de las cuales se ve un gran salón<sup>1</sup>. Son las doce de un alegre día con mucho sol. En el salón disponen la mesa para el almuerzo. Olga, con vestido azul marino de maestra de escuela, va y viene por la sala corrigiendo simultáneamente los cuadernos de sus alumnas. Masha con vestido negro, un sombrero sobre sus rodillas, lee un libro. Irina, vestida de blanco, está de pie, pensativa.*

OLGA. — Papá murió hace justamente un año, el 5 de mayo, en el día de tu santo, Irina. Hacía mucho frío ese día. nevaba. Me parecía entonces que nunca podría sobrellevarlo; tú estabas ahí, desmayada, como muerta. Pero ha pasado un año y nos acordamos de aquello sin tanto pesár; tú ya estás vestida de blanco y tienes una cara radiante.

*(Suenan las doce en el reloj.)*

También entonces sonó el reloj. *(Pausa.)* Me acuerdo que tocaba la banda mientras llevaban a papá, y en el cementerio dispararon salvas, porque era general, comandante de brigada; sin embargo, vino poca gente. Es verdad que llovía. Caía una fuerte lluvia y nieve.

IRINA. — ¿Para qué recordar?

*(En el salón, cerca de la mesa, aparecen el barón Túsenbach, Chebutíkin y Solióny.)*

<sup>1</sup> Gran salón poco amueblado, para grandes comidas y recepciones.

APR  
C.M.K.  
19/abr/10  
11/10/09  
1180093  
C. 103  
m. 15/5

OLGA. — Hace tanto calor hoy que se pueden dejar las ventanas abiertas de par en par. Sin embargo, los abedules no han brotado todavía. En cuanto papá obtuvo el mando de la brigada salió con nosotras de Moscú hace once años, y recuerdo perfectamente que en esta época, a principios de mayo, todo florece ya en Moscú, hace calor, y todo está inundado de sol. Han pasado once años pero lo recuerdo como si hubiéramos partido ayer. ¡Dios mío! Al despertarme esta mañana, cuando vi este raudal de luz, cuando vi la primavera, una alegría inmensa agitó mi alma y deseé con pasión volver a mi ciudad.

CHEBUTÍKIN. — ¡Qué diablos van a ir!

TÚSENBACH. — ¡Claro, es una tontería!

*(Masha, pensativa frente a su libro, silba suavemente una melodía.)*

OLGA. — No silbes, Masha. ¡Cómo puedes hacer eso! *(Pausa.)* Como estoy todo el día en el colegio y después doy clases particulares hasta muy tarde me duele continuamente la cabeza y me vienen ideas de que ya soy vieja. Y efectivamente, en estos cuatro años que trabajo en el colegio siento que cada día mis fuerzas y mi juventud se me van gota a gota. Sólo crece y se hace fuerte una ilusión...

IRINA. — Ir a Moscú. Vender la casa, terminar con todo aquí y a Moscú...

OLGA. — Sí, cuanto antes a Moscú.

*(Chebutíkin y Túsenbach ríen.)*

IRINA. — Nuestro hermano será, sin duda, profesor y no se quedará a vivir aquí. El único problema es la pobre Masha.

OLGA. — Masha puede venir a pasar todos los veranos con nosotras a Moscú.

*(Masha continúa silbando suavemente.)*

IRINA. — Todo se arreglará, si Dios quiere. *(Mira por la ventana.)* ¡Qué hermoso día! No sé por qué hay tanta claridad en mi alma hoy. Esta mañana me acordé que era el día de mi santo y me sentí de pronto tan feliz; recordé mi infancia, cuando vivía aún mamá. ¡Y qué hermosos pensamientos me agitaban, qué pensamientos!

OLGA. — Estás radiante hoy, y particularmente hermosa. Masha también está linda. Andréi estaría igualmente buen mozo si no hubiera engordado tanto, eso no le queda nada bien. En cambio yo he envejecido, y estoy más delgada, seguramente porque me enoja mucho con las niñas del colegio. Pero hoy, como estoy libre y en casa, no me duele la cabeza y me siento más joven que ayer. Después de todo, no tengo más que 28 años... Todo nos viene de Dios, y por lo tanto está bien, pero me parece que si me casara y permaneciera todo el día en casa estaría mejor. *(Pausa.)* Hubiera amado a mi marido.

TÚSENBACH *(a Soliony)*. — Dice usted tales tonterías que estoy cansado de escucharlo. *(Entrando en la sala.)* Olvidé decirles. Hoy vendrá a visitarlas el nuevo comandante de brigada, Vershinin. *(Se sienta al piano.)*

OLGA. — Muy bien. Encantada.

IRINA. — ¿Es viejo?

TÚSENBACH. — No, regular. Cuarenta a cuarenta y cinco años, a lo sumo. *(Toca el piano suavemente.)* Parece ser buena persona. Nada tonto, sin duda, pero habla demasiado.

IRINA. — ¿Es una persona interesante?

TÚSENBACH. — Sí, bastante. Pero tiene mujer, suegra y dos niñas. Además, casado por segunda vez. Va de visita y cuenta en todas partes que tiene mujer y dos hijas. Ya verán, aquí también lo va a contar. La mujer parece algo loca; lleva una larga trenza de jovencita, sólo habla en términos gradilocuentes, hace filosofía y trata a menudo de suicidarse, para fastidiar a su marido, evidentemente. En su lugar yo habría dejado hace rato a una mujer así, pero él la aguanta; se queja, solamente.

SOLIÓNY (*entrando del salón con Chebutikin*). — Con una mano levanto sólo veinticinco kilos mientras con las dos manos cincuenta y hasta cien. De esto saco la conclusión que dos personas no son dos veces más fuertes que una, sino tres veces y aún más.

CHEBUTÍKIN (*leyendo un diario mientras camina*). — En caso de caída del pelo... dos sobres de naftalina en media botella de alcohol..., disolver y usarlo diariamente. (*Lo anota en una lista.*) Anotemos. (*A Solióny.*) Entonces, como le decía, el corchito se coloca en la botellita y a través de él pasa un tubito de vidrio... Después se toma una pizca del más simple y común alumbre...

IRINA. — ¡Iván Románich! ¡Querido Iván Románich!

CHEBUTÍKIN. — ¿Qué pasa, hijita mía, alegría mía?

IRINA. — Dígame: ¿por qué me siento tan feliz hoy? Como si anduviera con las velas desplegadas, con un ancho cielo azul sobre mí, surcado por grandes pájaros blancos. ¿Por qué?

CHEBUTÍKIN (*besándole tiernamente las dos manos*). — ¡Miavecita blanca...!

IRINA. — Cuando me desperté esta mañana, cuando me levanté y me lavé me pareció repentinamente como si todo se hubiese vuelto claro para mí en este mundo, y que sabía cómo hay que vivir. Iván Románich, querido, yo lo sé todo. El hombre, sea quien fuere, debe trabajar, trabajar con todo su ser, y en eso consiste el sentido y la finalidad de su vida; su dicha y su éxtasis. ¡Qué bueno es ser un obrero que se levanta al alba para picar piedras en el camino; o un pastor, o un maestro que enseña a los niños, o un maquinista de ferrocarril! ¡Dios mío! Y sin hablar de hombres, con tal de trabajar más vale ser un buey, un simple caballo de labrador, antes que ser una joven que se levanta a mediodía, toma el desayuno en la cama y gasta luego dos horas en vestirse... ¡Ah, qué horrible es eso! En días de calor se tiene a veces esa sed de beber como tengo yo ahora la de trabajar. Pero Iván

Románich, si yo no empiezo a levantarme temprano para ponerme a trabajar, usted debe negarme su amistad.

CHEBUTÍKIN (*tiernamente*). — Bueno, bueno, te la negaré.

OLGA. — Papá nos había acostumbrado a levantarnos a las siete. Y bien, ahora Irina se despierta a esa hora, pero se queda en la cama hasta las nueve, por lo menos, pensando quién sabe en qué. ¡Y con una cara tan seria! (*Rie.*)

IRINA. — Como estás acostumbrada a considerarme una niña te parece extraño verme con cara seria. Ya tengo veinte años.

TÚSENBACH. — ¡Esas ansias de trabajar! ¡Dios mío, qué bien las comprendo! Yo no he trabajado ni una sola vez en mi vida. Nací en San Petersburgo, la fría, la ociosa, en una familia que no conoció nunca ni el esfuerzo, ni la preocupación. Recuerdo que cuando volvía del colegio militar, el lacayo me quitaba las botas, yo me ponía caprichoso; mi madre me miraba con adoración y se extrañaba si otras me miraban de otra manera. ¡Cómo me protegían del trabajo! Pero no consiguieron protegerme del todo, no, no del todo. Ha llegado la hora, se nos viene encima una mole, se prepara una fuerte y sana tormenta que ya está cerca y que pronto arrancará de un soplo la pereza, la indiferencia, el prejuicio al trabajo, el hastío que pudre a nuestra sociedad. Me pondré a trabajar, y dentro de unos 25 ó 30 años, trabajarán todos los hombres. ¡Todos!

CHEBUTÍKIN. — Yo no trabajaré.

TÚSENBACH. — Usted no cuenta.

SOLIÓNY. — Gracias a Dios dentro de 25 años usted ya no estará en este mundo. Dentro de dos o tres años morirá de una pataleta o yo, en un arranque de cólera, le meteré una bala en la cabeza, ángel mío (*saca del bolsillo un frasco de perfume y se rocía el pecho y las manos.*)

CHEBUTÍKIN (*riendo*). — Yo sí que nunca hice nada.

Desde que terminé la facultad no he hecho la más mínima cosa, ni siquiera he leído un libro; solamente leo *diarios*... (Saca otro diario de su bolsillo.) Por ejemplo... Aquí..., el diario me informa que vivió, pongamos, un tal Dobroliúbov, y que escribió... no tengo la menor idea... (Golpea en el piso de abajo.) Bueno..., me están llamando abajo. Debe haber venido alguien a verme... Vuelvo en seguida... Espérenme... (Sale apresuradamente, peinando sus barbas.)

IRINA. — Debe estar tramando algo.

TÚSENBACH. — Sí. Salió con cara solemne; es evidente que le va a traer un regalo.

IRINA. — ¡Qué desagradable es eso!

OLGA. — Sí, es horrible. Siempre está haciendo tonterías.

MASHA. — Hay un roble verde cerca del mar... Una cadena de oro rodea su tronco. (Se levanta y canturrea quedamente.)

OLGA. — No estás alegre hoy, Masha. (Masha se pone el sombrero, siempre canturreando.) ¿Adónde vas?

MASHA. — A casa.

IRINA. — ¡Qué raro!

TÚSENBACH. — ¡Irse de la fiesta!

MASHA. — No importa. Volveré esta noche. Adiós, querida. (Besa a Irina.) Una vez más te deseo salud y felicidad. En otros tiempos, cuando aún vivía papá, venían para nuestro santo treinta o cuarenta oficiales... ¡Qué bullicio!... Pero hoy apenas hay media docena y un silencio como en el desierto... Mejor es que me vaya... Me siento deprimida, triste... Es mejor que no me hagas caso. (Riendo a través de las lágrimas.) Ya conversaremos más tarde. Hasta luego, querida. Me iré, por ahí...

IRINA (descontenta). — ¡Pero... cómo eres!

OLGA (lagrimosa). — Yo te comprendo, Masha...

SOLIÓNY. — Si filosofa un hombre eso se llamará filosofía, o quizás sofística, pero cuando filosofa una

mujer o dos mujeres, eso se llama, ¡que sé yo cómo se llama!

MASHA. — ¿Qué quiere usted decir con esto, extraño hombre?

SOLIÓNY. — Nada. "Apenas pudo decir: ¡oh! y el oso ya lo aplastó".

MASHA (a Olga, enojada). — Déjate de lloriquear.

(Entran Anfisa y Ferapónt con una torta.)

ANFISA. — Por aquí. Entre, padrecito. Tiene las botas limpias. (A Irina.) Del señor Protopófov, del Ayuntamiento. Un pastel.

IRINA. — Gracias. Dile que se lo agradezca. (Recibe la torta.)

FERAPÓNT. — ¿Cómo?

IRINA (alzando la voz). — ¡Dale las gracias!

OLGA. — Ñaña, querida, dale un poco de pastel. Ferapónt, anda; ahí te darán pastel.

FERAPÓNT. — ¿Cómo?

ANFISA. — Venga, Ferapónt Spiridónich, venga. (Se va con Ferapónt.)

MASHA. — No me gusta Protopófov, ese Mijaíl Potápich o Ivánich. No debieran invitarlo aquí.

IRINA. — Yo no lo invité.

MASHA. — Bien hecho.

(Entra Chebutikin, y detrás de él un asistente llevando un samovar de plata. Rumor de estupor y de disgusto.)

OLGA (cubriéndose la cara con las manos). — ¡Un samovar! ¡Qué horror! (Se dirige hacia la mesa del salón.)

IRINA. — ¡Pero, Iván Románich, querido, ¿qué hace usted?

TÚSENBACH (riendo). — ¿No les decía yo?

MASHA. — ¡Iván Románich, usted no tiene idea de la vergüenza!

CHEBUTÍKIN. — ¡Pero queridas mías, hijitas, no tengo

más que a ustedes! Son lo más precioso que poseo en la vida. Pronto cumpliré sesenta años, soy un viejo, un viejo solitario y nulo. Nada de bueno hay en mí fuera de este amor por ustedes, y si no fuera por ustedes hace ya tiempo que no estaría en este mundo. (A Irina.) Encanto mí, queridita, la conozco desde el día en que nació... La he llevado en brazos... Amé a su difunta madre...

IRINA. — Sí, pero ¿por qué regalos tan costosos?

CHEBUTÍKIN (con lágrimas, enojado). — ¡Regalos costosos! ¡Por favor! (Al ordenanza.) Lleva el samovar allá. (Imitando a Irina.) ¡Regalos costosos!... (El asistente va con el samovar al salón.)

ANFISA (cruzando la sala). — ¡Niñas, un coronel desconocido! Ya se ha quitado el abrigo, viene para acá, hijitas. Irínushka, sé buena y amable con él... (Yéndose.) Ya hace tiempo que debieran haber servido el almuerzo. ¡Ah, mi Dios!

TÚSENBACH. — Debe ser Vershinin.

(Entra Vershinin.)

TÚSENBACH. — El coronel Vershinin.

VERSHININ (a Masha y a Irina). — Tengo el honor de presentarme: Vershinin. Muy, muy contento de estar por fin en la casa de ustedes. ¡Cómo han cambiado!

IRINA. — Siéntese, por favor. Estamos encantadas.

VERSHININ (alegremente). — ¡Qué contento estoy, qué contento! Pero, ustedes eran tres hermanas. Yo recuerdo a tres niñas. Sus caras no las recuerdo, pero que el coronel Prósorov tenía tres hijas estoy totalmente seguro y las he visto con mis propios ojos. ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Cómo pasa el tiempo!

TÚSENBACH. — Aleksándr Ignátievich es de Moscú.

IRINA. — ¿De Moscú? ¿Usted es de Moscú?

VERSHININ. — Sí, cuando su difunto padre era comandante de batería allá yo era oficial en la misma brigada. (A Masha.) Me parece recordar un poco su cara.

MASHA. — Pues yo a usted no.

IRINA. — ¡Olga, Olga! (Grita hacia el salón.) ¡Olga, ven pronto!

(Olga viene del salón.)

IRINA. — Imagínate, el teniente coronel Vershinin es de Moscú.

VERSHININ. — Ah, entonces, usted es Olga Serguéievna, la mayor... y usted es María... y usted Irina, la menor...

OLGA. — ¿Viene de Moscú?

VERSHININ. — Sí, estudié allí y entré allí en el ejército, donde permanecí un tiempo bien largo, hasta que, por fin me dieron el mando de una batería, y aquí estoy. Yo no las recuerdo, en realidad; recuerdo que eran tres hermanas, pero a su padre lo tengo tan presente en la memoria que, si cierro los ojos, lo veo como si estuviera vivo. Solía frecuentar su casa en Moscú.

OLGA. — Yo creía recordar a todos, y sin embargo...

VERSHININ. — Me llamo Aleksándr Ignátievich.

IRINA. — Aleksándr Ignátievich. ¡Es usted de Moscú, qué sorpresa!

OLGA. — Pensamos mudarnos allá.

IRINA. — Sí, creemos que para el otoño ya estaremos allí. Es nuestra ciudad natal, nacimos allí... En la calle Stáraia Basmánnaia.

(Ríen las dos de alegría.)

MASHA. — ¡Qué encuentro tan inesperado! Ya recuerdo; Olga, ¿te acuerdas? Decíamos en casa: "el mayor enamorado". Usted era teniente, entonces, estaba enamorado de alguien, y todos, no sé por qué, le hacían bromas llamándolo mayor.

VERSHININ (riendo). — Eso es..., el mayor enamorado. Efectivamente.

MASHA. — Tenía bigotes únicamente. ¡Oh, cómo ha envejecido! (Entre lágrimas.) ¡Cómo ha envejecido!

VERSHININ. — Sí. Cuando me decían "el mayor ena-

morado" era joven aún y estaba enamorado. Ahora es distinto.

OLGA. — Pero no tiene ni una sola cana. Usted ha envejecido, pero no es viejo todavía.

VERSHININ. — Sin embargo, ya voy para los cuarenta y tres años. ¿Hace mucho que han salido de Moscú?

IRINA. — Once años. Pero ¿qué tienes, Masha? Estás llorando. ¡Qué ocurrencia! (Con lágrimas.) Me haces llorar a mí...

MASHA. — No es nada. ¿En qué calle vivía usted?

VERSHININ. — En Stáraia Basmánnaia.

OLGA. — ¡Y nosotras también!...

VERSHININ. — Durante un tiempo viví en la calle Nemétskaia. Desde allí iba a los cuarteles Krásny. Tenía que pasar por un puente sombrío bajo el cual el agua corría con estrépito. Para un solitario todo se le hacía tristeza en el alma. (Pausa.) Mientras que aquí, ¡qué ancho, qué caudaloso es el río! ¡Maravilloso!

OLGA. — Sí, pero hace frío. Aquí hace frío y hay mosquitos.

VERSHININ. — ¿Cómo puede ser?... Aquí el clima es tan bueno, tan sano, auténticamente ruso. Bosque, río... Hasta hay abedules, tan encantadores, tan modestos... Son los árboles que más quiero. Se vive bien aquí. Lo único extraño es que la estación queda a veinte kilómetros de la ciudad... y nadie sabe por qué.

SOLIÓNY. — Ah, pero yo sé por qué. (Todos lo miran.) Porque si la estación estuviera cerca, no estaría lejos, y si estuviera lejos, no estaría cerca. (Silencio embarazoso.)

TÚSENBACH. — ¡Qué bromista es Vasily Vasilich!

OLGA. — Yo también me acuerdo de usted ahora. Me acuerdo.

VERSHININ. — Conocí a su madre.

CHEBUTÍKIN. — Era buena. Que Dios la tenga en su gloria.

IRINA. — Mamá está enterrada en Moscú.

OLGA. — En el convento de Novo Dévichy.

MASHA. — ¿Puedo creerlo? Ya empiezo a olvidar su rostro. Así, tampoco se acordarán de nosotros. Nos olvidarán.

VERSHININ. — Sí, nos olvidarán. Tal es nuestro destino, ¿qué se le puede hacer? Lo que hoy nos parece serio, significativo, importante, con el tiempo será olvidado o parecerá sin importancia. (Pausa.) Y es curioso que no podemos saber ahora qué se considerará mañana elevado y valioso y qué parecerá mezquino y ridículo. ¿Acaso el descubrimiento de Copérnico, o pongamos el de Colón, no pareció al principio inútil, absurdo, mientras que las sandeces escritas por algún excéntrico de la época eran consideradas como una verdad? Y puede ocurrir que esta vida nuestra con la cual estamos tan resignados, parezca con el tiempo, extraña, incómoda, tonta, impura y, quizás, hasta pecaminosa...

TÚSENBACH. — ¿Quién sabe? Y quizás llamarán a nuestro actual modo de vida muy elevado y lo recordarán con respeto. Ya no hay torturas, ni ejecuciones, ni invasiones, pero, con todo, ¡cuántos sufrimientos!

SOLIÓNY (con una vocecita muy fina). — Pío, pío, pío... Con tal de poder filosofar el barón es capaz de olvidarse hasta de comer.

TÚSENBACH. — Vasily Vasilich, le ruego que me deje en paz... (Cambia de silla.) Esto ya fastidia.

SOLIÓNY (con la misma vocecita). — Pío, pío, pío...

TÚSENBACH (a Vershinin). — Los padecimientos que se observan hoy en día —y son tantos—, demuestran a pesar de todo que nuestra sociedad ha alcanzado cierta elevación moral.

VERSHININ. — Sí, sí, por supuesto.

CHEBUTÍKIN. — Usted acaba de decir, barón, que nuestro modo de vivir se considerará elevado, pero la gente continúa siendo bajita... (Se pone de pie.) Mire qué bajito soy. Pero para consolarme debe decirse que mi vida es elevada y comprensible.

(Se oye un violín.)

MASHA. — Es Andréi el que toca, nuestro hermano.

IRINA. — Es todo un sabio. Será profesor, seguramente. Papá era militar y su hijo elige la carrera de las ciencias.

MASHA. — Por voluntad de papá...

OLGA. — Hoy nos hemos burlado, horriblemente, de él. Parece que está algo enamorado.

IRINA. — De una joven de aquí; seguramente vendrá hoy.

MASHA. — ¡Ah, cómo se viste! No es que sus vestidos sean feos o pasados de moda, no, son simplemente lamentables. Se pone, por ejemplo, una extraña falda amarilla, muy llamativa, con un fleco bastante ordinario, y una blusa roja. ¡Y sus mejillas, tan lavadas, tan lavadas! Andréi no está enamorado de ella —eso no lo admito—; tiene buen gusto, a pesar de todo. Lo hace en broma, para provocarnos. Ayer oí decir que ella se va a casar con Протопопов, el presidente de nuestro Ayuntamiento. ¡Espléndido! (Se dirige a la puerta lateral.) Andréi, ven aquí. Un minuto, querido.

(Entra Andréi.)

OLGA. — Mi hermano, Andréi Serguéievich.

VERSHININ. — Vershinin.

ANDRÉI. — Prósorov. (Enjugándose la cara.) ¿Usted es el nuevo comandante de batería?

OLGA. — Imagínate que Aleksánder Ignátievich es de Moscú.

ANDRÉI. — ¿Ah, sí? Lo felicito: mis hermanas ya no lo dejarán en paz.

VERSHININ. — Soy yo quien ha tenido tiempo de cansar a sus hermanas.

IRINA. — ¡Mire qué marquito para retrato me regaló Andréi hoy! Lo hizo él mismo. (Muestra el marco.)

VERSHININ (mirando el marco sin saber qué decir.) Sí... es un... objeto...

IRINA. — Y ese otro marquito que está encima del piano, también lo hizo él.

(Andréi hace un ademán de impaciencia y se aleja.)

OLGA. — Sabe muchísimo: toca el violín, hace cositas de marquetería, en una palabra, puede hacer todo. ¡Andréi, no te vayas! Tiene la costumbre de irse, siempre se va. Ven aquí.

(Masha e Irina lo toman de los brazos y entre risas lo traen de vuelta.)

MASHA. — ¡Vamos, ven!

ANDRÉI. — ¡Déjenme, por favor!

MASHA. — ¡Qué cómico eres! A Aleksánder Ignátievich le decían antaño "el mayor enamorado", pero él no se enojaba por eso.

VERSHININ. — ¡En absoluto!

MASHA. — ¡Y yo quiero llamarte: el violinista enamorado.

IRINA. — ¡O el profesor enamorado!

OLGA. — ¡Enamorado, Andriusha está enamorado!

IRINA (aplaudiendo). — ¡Bravo, bravo! ¡Bis! ¡Andriusha está enamorado!

CHEBUTÍKIN (se acerca a Andréi por detrás y le pone las dos manos en la cintura). — "La naturaleza sólo nos ha creado para el amor..." (Ríe; tiene siempre un diario.)

ANDRÉI. — Bueno, basta, basta... (Se enjuga la cara.) No he dormido en toda la noche y ahora no estoy del todo bien. Me quedé leyendo hasta las cuatro, luego me acosté, pero nada. Me puse a meditar en esto, en aquello... y vino el amanecer y el sol se metió en mi cuarto. Mientras estoy aquí, este verano, quiero traducir un libro inglés.

VERSHININ. — ¿Lee inglés?

ANDRÉI. — Sí. Mi padre, que en paz descansa, nos abrumaba de estudios. Es ridículo y tonto, pero debo con-

peso: que después de su muerte empecé a engordar y en un año engordé mucho, como si mi cuerpo se hubiese liberado de una gran opresión. Gracias a mi padre, mis hermanas y yo conocemos el francés, el alemán y el inglés; Irina sabe también el italiano. ¡Pero, lo que ha costado eso!

MASHA. — Conocer tres idiomas, en esta ciudad, es un lujo innecesario. No sólo es un lujo, sino también un estorbo, como un sexto dedo. Tenemos demasiados conocimientos superfluos.

VERSHININ. — ¡Caramba! (*Ríe.*) ¡Tener conocimientos superfluos! No me parece que exista o pueda existir una ciudad tan inerte y triste que no le sea necesaria una persona inteligente y culta. Admitamos que entre los cien mil habitantes de esta ciudad, indiscutiblemente atrasados y toscos, no existan más que tres personas como ustedes. Es evidente que no podrán triunfar sobre la masa negra que las rodea; en el transcurso de sus vidas, tendrán que ceder poco a poco, hasta perderse en esa multitud de cien mil; la vida las ahogará, pero ustedes no habrán desaparecido, no habrán dejado de tener influencia. Después de ustedes vendrán quizás otras seis, luego doce y así sucesivamente, hasta que al final la mayoría será como ustedes. Dentro de doscientos o trescientos años la vida será increíblemente hermosa, asombrosa. El hombre necesita una vida así, y si no la tiene aún debe presentirla, esperarla, prepararse, soñar con ella, pero para eso debe ver y saber más de lo que veían y sabían su abuelo y su padre. (*Ríe.*) ¡Y usted se queja de que tiene conocimientos superfluos!...

MASHA (*quitándose el sombrero*). — Me quedo a almorzar.

IRINA (*suspirando*). — Habría que anotar todo esto...

(*Andréi ha salido sin ser observado.*)

TÚSENBACH. — Usted dice que dentro de muchos años la vida en esta tierra será maravillosa, asombrosa. Es

verdad. Pero a fin de participar en ella ahora, aunque sea de lejos, hay que prepararse, hay que trabajar...

VERSHININ (*levantándose*). — Sí. ¡Cuántas flores tienen aquí! (*Mirando alrededor.*) ¡Y qué casa tan hermosa! Las envidio. Lo que es yo, toda mi vida la he pasado en departamentitos, con dos sillas, un sofá y estufas que siempre echan humo. Son precisamente flores como éstas las que han hecho falta en mi vida... (*Se restriega las manos.*) ¡Ah, qué bueno...!

TÚSENBACH. — Sí, hay que trabajar. Usted pensará, seguramente: este alemán es un sentimental. Pero, palabra de honor, soy ruso; ni siquiera hablo alemán. Mi padre es ortodoxo...

VERSHININ (*camina por la sala*). — A menudo pienso: ¿y si se empezara la vida de nuevo, pero conscientemente, como si la que ya se ha vivido fuera una especie de borrador y la otra en limpio? Entonces, creo, cada uno de nosotros trataría de no repetirse, o por lo menos crearía para sí un ambiente de vida distinto; arreglaría una casa como ésta, con flores y mucha luz... Tengo mujer y dos hijitas; además, mi mujer es una señora de poca salud; etc., etc.; pero si empezara la vida de nuevo, yo no me casaría... ¡No, no!

(*Entra Kulíguin en uniforme de gala de maestro.*)

KULÍGUIN (*se acerca a Irina*). — Querida hermana, permíteme felicitarte en el día de tu santo y desearte sinceramente, con toda mi alma, buena salud y todo aquello que se le puede desear a una joven de tu edad. Y, además, regalarte este libro. (*Le da un libro.*) Cincuenta años de historia de nuestro colegio, escrita por mí. Un libro insignificante, escrito para matar el tiempo, pero de todos modos, léelo. Señores, buenos días. (*Presentándose a Vershinin.*) Kulíguin, maestro de la escuela local. Consejero Municipal. (*A Irina.*) En este libro encontrarás una lista de todos los egresados de nuestra escuela



en los últimos cincuenta años. "Feci, qued potui, faciant meliora potentes"<sup>1</sup>. (*Besa a Masha.*)

IRINA. — Pero si ya me regalaste este libro para Pascua.

KULÍGUIN (*rie*). — ¡No puede ser! ¡En ese caso devuélvemelo!... O no, dáselo, mejor, al coronel. Tómelo, coronel. Quizás, en un día de aburrimiento, lo lea.

VERSHININ. — Muy agradecido. (*Se prepara para retirarse.*) Sumamente feliz de haberlas conocido...

OLGA. — ¿Se va? ¡No, no!

IRINA. — Debe quedarse a almorzar. ¡Por favor!

OLGA. — ¡Se lo ruego!

VERSHININ (*inclinándose*). — Me parece que he caído en el día de su santo. Perdóneme, no sabía. Ni siquiera la he felicitado. (*Se va con Olga al salón.*)

KULÍGIN. — Amigos míos, hoy es domingo, día de descanso; pues entonces descansenmos, y divirtámonos cada cual de acuerdo con su edad y su situación. En el verano habrá que guardar las alfombras hasta el invierno que viene... Con polvos de Persia, o con naftalina... Los romanos eran gente sana porque sabían trabajar, pero también sabían descansar, "mens sana in corpore sano". Sus vidas corrían de acuerdo a formas determinadas. Nuestro director dice: lo principal en cada vida es su forma... Aquello que pierde su forma, se acaba; y en nuestra vida diaria también es así. (*Pone su brazo en el talle de Masha, riendo.*) Masha me quiere. Mi mujer me quiere. Las cortinas de las ventanas hay que guardarlas también junto con las alfombras... Hoy estoy alegre, de excelente humor. Masha, debemos estar, a las cuatro, en casa del director. Se ha organizado un paseo de pedagogos con sus familias.

MASHA. — No iré.

KULÍGUIN (*afligido*). — Masha, querida, ¿por qué?

MASHA. — Después hablaremos... (*Enojada.*) Bueno, iré, pero déjame en paz, por favor... (*Se aleja.*)

KULÍGUIN. — Pasaremos luego la velada en casa del director. A pesar de su poca salud este hombre trata, ante todo, de ser sociable. Una excelente y clara personalidad. Ayer, después de la reunión de profesores, me dice: "Estoy cansado, Fiódor Ilyích, estoy cansado". (*Mira el reloj de pared, después el suyo.*) Su reloj adelanta siete minutos. Sí, me dice: ¡estoy cansado!

(*Se oye tocar un violín.*)

OLGA. — ¡Señores, por favor, vengan a la mesa! Hay pastel.

KULÍGUIN. — ¡Ah, mi querida Olga, querida mía! Ayer trabajé desde la mañana hasta las once de la noche, me cansé y hoy me siento feliz. (*Va hacia la mesa del salón.*) Querida mía...

CHEBUTÍKIN (*poniendo el diario en su bolsillo*). — ¿Hay pastel? ¡Magnífico!

MASHA (*severamente a Chebutíkin*). — ¡Pero mucho cuidado, nada de beber! ¿Me oye? Beber le hace daño.

CHEBUTÍKIN. — ¡Pero no! Eso ya pasó. Hace dos años que no me emborracho. (*Con impaciencia.*) Ay, hijita... ¿qué más da?

MASHA. — De todos modos, nada de beber. Nada de beber. (*Con rabia pero de tal modo que no la oiga su marido.*) Otra maldita noche de aburrimiento en casa del director.

TÚSENBACH. — Yo en su lugar no iría. Muy simple.

CHEBUTÍKIN. — No vaya, tesoro mío.

MASHA. — Sí, no vaya... Esta vida condenada, insoportable. (*Se va al salón.*)

CHEBUTÍKIN (*siguiéndola*). — ¡No es nada!

SOLIÓNY (*yendo al salón*). — Pío, pío, pío...

TÚSENBACH. — ¡Basta, Vasíly Vasílich, basta!

SOLIÓNY. — Pío, pío, pío...

KULÍGUIN (*alegremente*). — ¡A su salud, coronel! Soy pedagogo y aquí soy de la familia, el marido de Masha... Es muy buena ella, buenísima...

<sup>1</sup> Hice lo que pude, los que puedan hacerlo mejor, que lo hagan.

VERSHININ. — Yo tomaría de ese völdka oscuro... (Bebe.) ¡A su salud! (A Olga.) Me siento tan bien en su casa.

(En la sala quedan solamente Irina y Túsenbach.)

IRINA. — Masha está de mal humor hoy. Se casó a los 18 años, cuando le parecía que Kulíguin era el hombre más inteligente. Ahora es distinto. Es el más bueno, pero no el más inteligente.

OLGA (impaciente). — ¡Andréi, vamos, ven ya!

ANDRÉI (fuera de escena). — En seguida. (Entra y se dirige a la mesa.)

TÚSENBACH. — ¿En qué piensa usted?

IRINA. — En nada. No me gusta su Solióny y le tengo miedo. No dice más que tonterías...

TÚSENBACH. — Es una persona extraña. Me da lástima y fastidio, pero más lástima que fastidio. Creo que es un tímido... Cuando estamos solos, suele ser muy inteligente y afectuoso, pero en sociedad es grosero y ofensivo. No se vaya, espere que se sienten a la mesa. Déjeme estar junto a usted. ¿En qué está pensando? (Pausa.) Usted tiene 20 años, yo no he cumplido aún los 30. ¿Cuántos años nos quedan por delante? Una larga, larga fila de días, llenos de mi amor por usted...

IRINA. — Nikolái Lvóvich, no me hable de amor.

TÚSENBACH (sin escucharla). — Estoy ávido de vida, de lucha, de trabajo y esta avidez en mi alma se ha fundido con mi amor por usted, Irina; y como a propósito usted es hermosa y la vida también me parece hermosa. ¿En qué piensa?

IRINA. — Usted dice: la vida es hermosa. Sí, pero ¿y si solamente pareciera así? La vida de nosotras tres no ha sido hermosa todavía; nos ha ahogado, como la hiedra... Me saltan las lágrimas. Eso no debe ser... (Se enjuga rápidamente las lágrimas; sonríe.) Hay que trabajar, trabajar. Por ese motivo estamos tristes y vemos la

vida tan lúgubre, porque no conocemos el esfuerzo. Nacimos de gentes que despreciaban el trabajo.

(Entra Natalia Vasílievna; está vestida de rosa con un cinturón verde.)

NATASHA. — ¡Ya están en la mesa! Llego tarde... (Se mira al pasar en el espejo, se arregla.) Me parece que estoy bastante bien peinada. (Nota la presencia de Irina.) ¡Mi querida Irina Serguéievna, mis felicitaciones! (Le da un fuerte y prolongado beso.) Tienen ustedes muchos invitados. Me siento realmente intimidada... Buenos días, barón.

OLGA (entrando). — ¡Ah, llegó Natalia Vasílievna! Buenos días, querida. (Se besan.)

NATASHA. — ¡Felicitaciones! Tienen ustedes tantos invitados que me siento terriblemente confusa...

OLGA. — ¡Vamos, son todos viejos amigos! (A media voz, asustada.) ¡Tiene un cinturón verde! Pero querida, eso no está bien.

NATASHA. — ¿Es de mal augurio?

OLGA. — No, simplemente que no queda bien... y resulta algo extraño.

NATASHA (lloriqueando). — ¿Sí? Pero no es realmente verde, es más bien mate. (Segue a Olga al salón.)

(Todos se sientan. La sala queda vacía.)

KULÍGUIN. — Te deseo un buen novio, Irina. Ya es hora de que te cases.

CHEBUTÍKIN. — Natalia Ivánovna, a usted también le deseo un noviecito.

KULÍGUIN. — Natalia Ivánovna ya tiene un noviecito.

MASHA (golpeando el plato con su tenedor). — ¡Otra copita de vino! ¡Qué vida ésta! Total, ¿qué más da?

KULÍGUIN. — Te mereces un tres en conducta.

VERSHININ. — Este vodka es muy rico. ¿De qué está hecho?

SOLIÓNY. — De cucarachas.

IRINA. — ¡Uf, qué asco!

OLGA. — Para la cena habrá pavo asado y pastel de manzanas. Gracias a Dios hoy estoy todo el día en casa. Esta noche también... Vengan todos esta noche...

VERSHININ. — Permítame venir a mí también.

IRINA. — ¡Pero claro!

NATASHA. — En esta casa no hay cumplidos.

CHEBUTÍKIN. — "La naturaleza sólo nos creó para amar". *(Ríe.)*

*(Entran en la sala Fedótik y Rode trayendo entre los dos una canasta de flores.)*

FEDÓTIK. — ¡Caramba! Ya están almorzando.

RODE *(con voz fuerte)*. — ¿Almorzando? Sí, ya están almorzando.

FEDÓTIK. — Espera un minuto *(Saca una fotografía.)*  
¡Una! Espera un poco... *(Saca otra.)* ¡Dos! ¡Ya está!

*(Toman la canasta y van al salón, donde son recibidos con bullicio.)*

RODE *(fuerte)*. — ¡La felicito! Le deseo de todo. El tiempo es encantador, una delicia. Estuve toda la mañana paseando con los alumnos. Enseño gimnasia en el colegio...

FEDÓTIK. — Puede usted moverse, Irina Serguéievna, puede moverse. *(Saca la fotografía.)* Está usted muy linda hoy. *(Saca un trompo de su bolsillo.)* Aquí, mire, un trompo... Tiene un sonido extraordinario.

IRINA. — ¡Qué encanto!

MASHA. — Hay un roble verde cerca del mar... Una cadena de oro rodea su tronco. *(Llorosa.)* ¿Para qué digo esto? Se me ha pegado esta frase desde esta mañana...

KULÍGUIN. — ¡Somos trece en la mesa!

RODE *(fuerte)*. — ¿Es posible que ustedes hagan caso de estas supersticiones? *(Risa general.)*

KULÍGUIN. — Si somos 13 en la mesa quiere decir que hay enamorados. ¿No será usted, por casualidad, Iván Románich? *(Risas.)*

CHEBUTÍKIN. — Yo soy un viejo pecador, pero por qué se ha ruborizado Natalia Ivánovna, eso sí que no lo comprendo.

*(Fuertes carcajadas; Natasha sale corriendo a la sala; Andréi corre detrás de ella.)*

ANDRÉI. — ¡Vamos, no les haga caso! Espere... un momento..., se lo ruego.

NATASHA. — ¡Tengo vergüenza! No sé qué me pasa... Y ellos se burlan de mí... Es horrible que yo haya salido así de la mesa... Pero no podía..., no podía... *(Se cubre la cara con las manos.)*

ANDRÉI. — Querida mía, le ruego, le suplico, no se aflija. Le aseguro que fue una broma, de buen corazón. Mi querida, mi amada, son todas gente buena, afectuosa y nos quieren, a usted y a mí. Venga hacia la ventana, allí no nos pueden ver... *(Mira alrededor)*

NATASHA. — Tengo tan poca costumbre de estar en sociedad.

ANDRÉI. — ¡Ah, la juventud, hermosa, encantadora juventud! Preciosa mía, mi querida, no se aflija tanto. Créame, créame... Me siento tan bien, mi alma está llena de amor, de deleite... ¡Ah, no nos ven! ¡No nos ven! ¿Por qué, por qué me he enamorado de usted? ¿Cuándo? No comprendo nada. Querida, pura, buena, sea mi esposa. La quiero..., la quiero como jamás he querido a nadie. *(Besos.)*

*(Entran dos oficiales y al ver la pareja abrazada se detienen asombrados.)*

T E L Ó N

## ACTO II

*La misma decoración del primer acto. Son las ocho de la noche. Desde la calle llega apenas la música de un acordeón. No hay luces. Entra Natalia Ivánovna en bata, trae una vela encendida; se detiene ante la puerta que lleva al cuarto de Andréi.*

NATASHA. — ¿Qué haces, Andriusha? Ah, ¿lees? Bueno... Quería saber, nada más. *(Se acerca a otra puerta. La abre, mira adentro y la vuelve a cerrar.)* A ver si hay algo encendido.

ANDRÉI *(entra con un libro)*. — ¿Qué quieres, Natasha?

NATASHA. — Miraba si hay algo encendido... Como es carnaval la servidumbre está algo trastornada. Vaya a saber una lo que puede suceder. Ayer a media noche pasé por el comedor y encontré una vela encendida. ¿Quién la encendió? No se sabe. No conseguí averiguarlo. *(Deja la vela sobre una mesa.)* ¿Qué hora es?

ANDRÉI *(mirando su reloj)*. — Las ocho y cuarto.

NATASHA. — Olga e Irina no han vuelto todavía. ¿Cómo trabajan esas pobrecitas! Olga en el Consejo de Educación, Irina en telégrafos. *(Suspira.)* Esta mañana le dije a tu hermana: "Cuidado, Irina querida", pero ni me escuchó. ¿Las ocho y cuarto, dices? Temo que nuestro Bobik no esté nada bien. ¿Por qué lo noto tan frío? Ayer tenía fiebre y hoy está helado. Tengo mucho miedo.

ANDRÉI. — Pero no, Natasha. El niño está bien.

NATASHA. — A pesar de eso es mejor que esté a dieta.

Tengo miedo. Me han dicho que hoy, a las diez de la noche, vendrán las máscaras. Sería mejor que no vinieran, Andriusha.

ANDRÉI. — Bueno..., no sé... Las han invitado.

NATASHA. — Esta mañana el chiquito, al despertar, me miró y de pronto sonrió. Quiere decir que me reconoció. "Bobik, le dije, buenos días, buenos días, mi querido!" Y él reía. Los chiquitos comprenden, comprenden perfectamente. Entonces, Andriusha, voy a decir que no reciban a las máscaras.

ANDRÉI *(vacilante)*. — Es que... eso depende de mis hermanas. Ellas son las dueñas aquí.

NATASHA. — A ellas también se lo diré. Son muy buenas. *(Yéndose.)* Ordené leche cuajada para la cena. El doctor dijo que tienes que comer solamente leche cuajada; si no, nunca llegará a adelgazar. *(Se detiene.)* Bobik tiene frío. Temo que quizás haga frío en su cuarto. Haría que mudarlo a otra habitación. Aunque sea hasta la primavera. Al cuarto de Irina, por ejemplo; es seco y tiene sol todo el día. Tendré que decírselo: ella puede pasar al cuarto de Olga, mientras tanto... De todos modos nunca está aquí de día, sólo viene a dormir... *(Pausa.)* Andriusha, ¿por qué callas?

ANDRÉI. — Estaba pensando... Y además, nada tengo que decir...

NATASHA. — Sí... ¿Qué era lo que quería decir?... Ah, sí. Ahí está Ferapónt, del Ayuntamiento, preguntando por ti.

ANDRÉI *(bostezando)*. — Dile que pase.

*(Natasha se va; Andréi, inclinado sobre la vela que ella dejó olvidada, lee. Entra Ferapónt con un viejo abrigo raído, el cuello levantado y las orejas tapadas con la bufanda.)*

ANDRÉI. — ¿Qué dices, alma mía?

FERAPÓNT. — El presidente le manda un libro y unos papeles; aquí están. *(Entrega un libro y un sobre.)*

ANDRÉI. — Gracias, está bien. ¿Por qué has venido tan tarde? Ya son las ocho pasadas.

FERAPÓNT. — ¿Cómo?

ANDRÉI (*más fuerte*). — Digo que has venido tarde. Son más de las ocho.

FERAPÓNT. — Sí, señor. Yo vine cuando estaba claro aún, pero no me dejaban entrar. El señor está ocupado, decían. Bueno, si está ocupado, está ocupado. Yo apuro no tengo. (*Pensando que Andréi le dijo algo.*) ¿Cómo?

ANDRÉI. — No, nada. (*Mira el libro.*) Mañana es viernes, no habrá reunión, pero yo iré igual... me ocuparé en algo. Esta casa es tan aburrida... (*Pausa.*) ¡Sí, abuelo, cómo cambia, cómo engaña la vida! Hoy, de puro aburrimiento, por no tener nada que hacer, tomé este libro; viejos apuntes de conferencias universitarias, y me dio risa. Dios mío, yo secretario del Ayuntamiento, cuyo presidente es Protopópov, y yo su secretario, lo más que puedo pretender es llegar a miembro del Consejo. ¡Yo, miembro del Consejo local!, mientras todas las noches sueño que soy profesor de la Universidad de Moscú, un sabio famoso, orgullo de toda Rusia.

FERAPÓNT. — No sabría decir, señor... No oigo bien...

ANDRÉI. — Si oyeras bien probablemente no te estaría hablando. Necesito hablar con alguien, pero mi mujer no me entiende, a mis hermanas les temo, no sé por qué, pero tengo miedo que se rían de mí, que se burlen... No bebo, ni me gusta ir a la taberna, pero con qué gusto iría a pasar un par de hora en casa de Téstov o en el Gran Restaurante de Moscú.

FERAPÓNT. — Contaba un contratista en la oficina, hace poco, que en Moscú, unos comerciantes se fueron a comer blinís; uno se comió cuarenta y murió; parece que cuarenta o cincuenta, no recuerdo bien.

ANDRÉI. — Estás en la mesa de un gran restaurante de Moscú, no conoces a nadie, nadie te conoce a ti, pero te sientes un extraño... Mientras que aquí conoces a

todos, todos te conocen, y eres un extraño... Extraño y solitario.

FERAPÓNT. — ¿Cómo? (*Pausa.*) Y el mismo contratista me contaba, quizás estuviera mintiendo, que a través de todo Moscú han tendido una soga.

ANDRÉI. — ¿Para qué?

FERAPÓNT. — No sabría decirle; me lo contó el contratista.

ANDRÉI. — ¡Qué disparate! (*Lee en el libro.*) ¿Estuviste alguna vez en Moscú?

FERAPÓNT (*después de una pausa*). — No, señor. Dios no lo quiso. (*Pausa.*) ¿Puedo irme?

ANDRÉI. — Sí, puedes irte. Que te vaya bien. (*Ferapónt sale.*) Que te vaya bien. (*Lee.*) Mañana cuando vengas, te llevarás los papeles... Vete... (*Pausa.*) Se ha ido. (*Suena una campanilla.*) Sí... así es... (*Se despereza y vuelve, sin apresurarse, a su cuarto.*)

(*Se oye el canto de la niñera acunando al bebé. Entran Masha y Vershinin; mientras ellos conversan una sirvienta enciende la lámpara y las velas.*)

MASHA. — No sé. (*Pausa.*) No sé. Claro que la costumbre tiene mucho que ver. Después de la muerte de papá, por ejemplo, tardamos mucho en acostumbrarnos a la idea de no tener más asistentes. Pero, además de la costumbre, creo que habla en mí el sentido de la justicia. Quizás en otras ciudades sea distinto, pero en la nuestra las personas más correctas, más honorables y mejor educadas son los militares.

VERSHININ. — Tengo sed. Me gustaría tomar un poco de té.

MASHA (*mirando el reloj*). — No tardarán en servirlo. A mí me casaron cuando tenía dieciocho años; temía a mi marido, porque era maestro y yo acababa de terminar el colegio. Me parecía, en aquel entonces, tremendamente inteligente, erudito e importante. Por desgracia ahora ya no es así.

VERSHININ. — ¿Eh? ¿Cómo?

MASHA. — No hablo de mi marido, ya me acostumbré a él, pero entre los civiles, en general, hay tantas personas groseras, descorteses, mal educadas. La grosería me choca, me ofende: sufro cuando veo en alguien una falta de delicadeza, de amabilidad, de sutileza. Sufro al estar con los otros maestros, amigos de mi marido.

VERSHININ. — Sí..., claro... Pero me parece que lo mismo es un civil que un militar; por lo menos en esta ciudad. Son iguales. Si escuchamos al intelectual local, militar o civil, siempre está rendido, sea a causa de su mujer, o de su casa, o de su propiedad..., de sus caballos... Al ruso le es perfectamente natural vivir en un plano mental elevado, ¿Y por qué en la vida práctica miramos tan bajo? ¿Por qué?

MASHA. — ¿Por qué?

VERSHININ. — ¿Por qué se siente extenuado por sus hijos, por su mujer? ¿Y por qué ellas se sienten extenuadas por él?

MASHA. — Usted parece estar algo malhumorado.

VERSHININ. — Es posible. Es que no he almorzado hoy. No he comido nada desde esta mañana. Una de mis hijas está algo enferma, y cuando mis hijas no están bien, me aflijo terriblemente y la conciencia me reprocha la madre que tienen. ¡Oh, si usted la hubiese visto hoy! ¡Qué nulidad! Empezamos a pelear a las siete de la mañana y a las nueve di un portazo y me fui. (Pausa.) Nunca hablo de esto. Es curioso, usted es la única persona ante quien me quejo. (Le besa la mano.) No se enoje conmigo, por favor; no tengo a nadie fuera de usted, a nadie. (Pausa.)

MASHA. — ¡Qué zumbido hay en la chimenea! Se oía este mismo zumbido unos días antes que muriera papá.

VERSHININ. — ¿Es supersticiosa?

MASHA. — Sí.

VERSHININ. — ¡Qué raro! (Le besa la mano.) Usted es una mujer maravillosa, extraordinaria. ¡Espléndida,

maravillosa! Está oscuro aquí y, sin embargo, veo el brillo de sus ojos.

MASHA (cambiando de silla). — Aquí hay más luz...

VERSHININ. — La quiero, la quiero, la quiero... Amo sus ojos, sus movimientos, sueño con ellos... ¡Mujer maravillosa!

MASHA (riendo suavemente). — Cuando usted habla así, me hace reír, no sé por qué, aunque me da miedo... No siga, se lo ruego... (A media voz.) Pero sí, continúe. No me importa. (Se tapa la cara con las manos.) No me importa... Viene alguien, hable de otra cosa.

(Irina y Túsenbach vienen desde el salón.)

TÚSENBACH. — Tengo un triple apellido. Me llamo bárón Túsenbach, Krone-Alschauer, pero en realidad soy ruso, ortodoxo, como usted. No queda mucho del alemán en mí, salvo, quizás, la paciencia y la obstinación con que la persigo. ¡La acompaño a su casa todos los días!

IRINA. — ¡Qué cansada estoy!

TÚSENBACH. — Y seguiré acompañándola de la oficina de telégrafos hasta su casa todos los días, veinte, treinta años más, hasta que usted me eche. (Al ver a Masha y a Vershinin; contento.) ¡Ah, son ustedes! ¡Buenas tardes!

IRINA. — ¡Por fin estoy en casa! (A Masha.) Hace un momento vino una mujer a la oficina para mandar un telegrama a su hermano en Sarátov, avisándole que acababa de morirle un hijo; no podía recordar la dirección, y así lo mandó, sin domicilio, simplemente a Sarátov. Lloraba. Y yo, quién sabe por qué, le dije una grosería. "No tengo tiempo" —le dije. Resultó tan estúpido. ¿Vienen las máscaras esta noche?

MASHA. — Sí.

IRINA (sentándose en el sillón). — ¡Descansar! Estoy muy fatigada.

TÚSENBACH (sonriendo). — Cuando usted vuelve de su labor parece tan jovencita, tan pobrecita. (Pausa.)

IRINA. — Estoy cansada. No, no me gusta el telégrafo; no me gusta.

MASHA. — Has adelgazado. (*Silba.*) Y rejuvenecido, tienes la cara de un muchachito.

TÚSENBACH. — Es por el peinado.

IRINA. — Tengo que buscar otro puesto. Éste no es para mí. Lo que yo deseaba tanto, con lo que soñaba, justamente éste no lo tiene. Es una tarea que se hace sin poesía, sin siquiera pensar... (*Se oyen golpes en el suelo.*) Es el doctor que golpea... (*A Túsenbach.*) Por favor, contéstele usted... Yo no puedo..., estoy cansada... (*Túsenbach golpea en el suelo.*)

IRINA. — En seguida estará aquí. Habría que tomar algunas medidas. Anoche nuestro Andréi y el doctor fueron nuevamente al club y perdieron. Dicen que Andréi perdió doscientos rublos.

MASHA (*indiferente*). — ¡Qué vas a hacer ahora!

IRINA. — ¡Hace dos semanas perdió, en diciembre perdió! Ojalá pierda todo, así nos iríamos pronto de esta ciudad. ¡Dios mío, sueño con Moscú todas las noches, estoy como trastornada! (*Ríe.*) Nos mudaremos allá en junio, pero hasta entonces falta todavía..., febrero, marzo, abril..., mayo..., casi medio año.

MASHA. — Deberíamos evitar que Natasha se entere de esa pérdida.

IRINA. — Yo creo que no le importa.

(*Chebutíkin, que acaba de levantarse de su siesta, entra en el salón, peinándose la barba, luego se sienta a la mesa y saca un diario de su bolsito.*)

MASHA. — Ya está aquí... ¿Pagó su alquiler?

IRINA (*riendo*). — No. Ni un céntimo en ocho meses. Se le habrá olvidado.

MASHA (*riendo*). — ¡Qué importante parece sentado ahí!

(*Todos ríen; pausa.*)

IRINA. — ¿Por qué está usted tan silencioso, Aleksándr Ignátievich?

VERSHININ. — No sé. Quisiera un poco de té. Daría media vida por un vaso de té. No he comido nada desde esta mañana...

CHEBUTÍKIN. — ¡Irina Serguéievna!

IRINA. — ¿Qué desea?

CHEBUTÍKIN. — Venga, por favor. *Venez ici.* (*Irina se levanta y se sienta a la mesa.*) Sin usted no puedo.

(*Irina dispone los naipes sobre la mesa.*)

VERSHININ. — Bueno, ya que no nos dan té, hagamos, por lo menos, un poco de filosofía.

TÚSENBACH. — Muy bien. ¿Sobre qué tema?

VERSHININ. — ¿Qué tema? Soñemos un poco... Por ejemplo, con la vida que habrá después de nosotros, digamos dentro de doscientos o trescientos años.

TÚSENBACH. — Y bien. Después de nosotros la gente volará en globos, cambiarán de corte las chaquetas; quizás se descubra y se desarrolle un sexto sentido, pero la vida continuará siendo la misma, difícil, llena de misterios y felicidad. Dentro de mil años también suspirará el hombre diciendo: "¡Oh qué penoso es vivir!", y al mismo tiempo, exactamente como ahora, tendrá miedo de la muerte y no querrá morir.

VERSHININ. — No sé. A mí me parece que en la vida todo debe ir cambiando poco a poco, y que ya está cambiando bajo nuestros propios ojos. Dentro de doscientos o trescientos, bueno, pongamos, mil años, el tiempo exacto no importa, reinará una vida nueva, una vida feliz. Claro está que nosotros no participaremos de esa vida, pero vivimos, trabajamos y sufrimos ahora para ella, estamos creándola y sólo en eso está la finalidad de nuestra existencia, y si quieren, nuestra dicha.

(*Masha ríe quedamente.*)

TÚSENBACH. — ¿Qué le sucede?

MASHA. — No sé. No he cesado de reírme en todo el día.

VERSHININ. — Egresé del mismo colegio militar que usted, aunque no seguí después la Academia Militar; leo mucho, pero no sé escoger mis libros, y posiblemente, no leo lo que debiera, y sin embargo cuanto más vivo, más ansias de saber tengo. Mi pelo se está poniendo canoso, soy viejo, y sé tan poco, tan lamentablemente poco. Sin embargo, me parece que sé lo más importante, lo más real, y lo sé bien. ¡Ah, cómo quisiera poder demostrarle que para nosotros no hay, ni habrá, ni debe haber felicidad...! Debemos trabajar y trabajar, eso es todo. En cuanto a la felicidad, eso será del dominio de nuestros descendientes. (Pausa.) Si no lo soy yo, pues que lo sean por lo menos los descendientes de mis descendientes.

(Fedótik y Rode entran en el salón, se sientan y se ponen a cantar suavemente acompañándose con la guitarra.)

TÚSENBACH. — Entonces, en su opinión, ¿no hay ni que soñar con la felicidad? Pero ¡si yo soy feliz!

VERSHININ. — No.

TÚSENBACH (ríe, haciendo un ademán de desconcierto). — Es evidente que no nos entendemos. Cómo convencerlo?

(Masha ríe quedamente.)

TÚSENBACH (agitando un dedo delante de la cara de Masha). — ¡Ríase, a ver, ríase! (A Vershinin.) Mire, no solamente dentro de doscientos o trescientos años, sino dentro de millones de años la vida seguirá igual que antes; ella no varía, permanece constante, siguiendo sus propias leyes, que a usted no le atañen, o que simplemente usted no puede comprender. Las aves migratorias, las grullas, por ejemplo, vuelan y vuelan, y sean cuales fueren las ideas, elevadas o bajas, que les pasan por la cabeza, seguirán volando sin saber adónde ni por qué.

Continuarán volando por más filósofos que haya entre ellas, que filosofen todo lo que quieran, siempre que vuelen...

MASHA. — Sí, pero ¿y el sentido?

TÚSENBACH. — El sentido... y cuando nieva ¿tiene algún sentido? (Pausa.)

MASHA. — Me parece que el hombre debe ser creyente, o debe buscar la fe, sin eso su vida es vacía, vacía... Vivir y no saber por qué vuelan las grullas, para qué nacen los niños para qué hay estrellas en el cielo... Se debe saber para qué se vive; si no, todo es pura futuidad. nada importa. (Pausa.)

VERSHININ. — Sin embargo, es lástima que ya haya pasado la juventud.

MASHA. — Dice Gógol en uno de sus libros: "¡Qué tedio es vivir, amigos, en este mundo!"

TÚSENBACH. — Y yo diría: ¡Qué difícil es discutir con ustedes! Me doy por vencido...

CHEBUTÍKIN (leyendo el diario). — Balzac se casó en Berdichev. (Irina canturrea quedamente.) Lo voy a anotar en mi libreta. (Anota.) Balzac se casó en Berdichev (lee su diario.)

IRINA (juega su solitario pensativa). — Balzac se casó en Berdichev.

TÚSENBACH. — La suerte está echada. He presentado mi renuncia. ¿Lo sabía, María Serguéievna?

MASHA. — Sí, lo había oído. Y no le veo nada bueno. Los civiles no me gustan.

TÚSENBACH. — Es igual... (Se levanta.) No soy buen mozo. ¿Acaso me parezco a un militar? Bueno, de todos modos no tiene importancia... Me pondré a trabajar. Trabajar de tal manera que, por lo menos, una vez en mi vida vuelva de noche a mi casa tan cansado que no quiera otra cosa que tirarme en la cama y dormirme inmediatamente. (Yendo al salón.) ¡Los obreros deben tener un sueño tan profundo!

FEDÓTIK. — Acabo de comprar para usted en la calle



Moskóvskaia, estos lápices de colores y también este cortaplumas...

IRINA.—Usted me trata como si todavía fuera una niña, pero ya soy grande... (*Toma los lápices, encantada.*) ¡Ay, qué preciosos!

FEDÓTIK.—Y para mí compré un cortaplumas, fijese. Un cuchillito, otro, un tercero; éste es para limpiar las orejas, unas tijeritas para las uñas...

RODE (*fuerte*).—¡Doctor! ¿Cuántos años tiene usted?

CHEBUTÍKIN.—¿Yo? Treinta y dos. (*Risa general.*)

FEDÓTIK.—Le voy a enseñar otro solitario... (*Dispone los naipes.*)

(*Traen el samovar; Anfisa se ocupa de él. En seguida aparece Natasha y se atarea también alrededor de la mesa. Llega Solióny y después de saludar se sienta a la mesa.*)

VERSHININ.—¡Caramba, qué viento se ha levantado!

MASHA.—Sí, estoy harta del invierno. Ya ni me acuerdo cómo es el verano.

IRINA.—El solitario va a salir; ya lo veo. ¡Nos iremos a Moscú!

FEDÓTIK.—No, no saldrá. ¿No ve que el ocho está tapando el dos de espadas? (*Riendo.*) Quiere decir que ustedes no se irán a Moscú.

CHEBUTÍKIN (*leyendo*).—Tsitsikar. Hay una epidemia de viruela...

ANFISA (*acercándose a Masha*).—Masha, ven a tomar el té. (*A Vershinin.*) Sírvase pasar, excelencia, perdóname, olvidé su nombre...

MASHA.—Tráeme el té acá, ñaña. No quiero ir ahí.

IRINA.—¡Ñaña!

ANFISA.—¡Ya voy!

NATASHA (*a Solióny*).—Los niños de pecho entienden todo perfectamente. "Buenos días, Bobik", le dije, "¡buenos días, precioso!" Y él me miró de una manera

tan especial... No crea que es la imaginación de una madre: le aseguro que no. Es una criatura extraordinaria.

SOLIÓNY.—Si esa criatura fuera mía, la freiría en una sartén y me la comería. (*Toma un vaso de té y se va a la sala, donde se sienta en un rincón.*)

NATASHA ( *cubriéndose la cara con las manos*).—¡Qué grosero! ¡Qué mal educado!

MASHA.—Feliz aquel que no sabe cuándo es verano y cuándo es invierno. Creo que si viviera en Moscú el estado del tiempo me sería indiferente...

VERSHININ.—Hace unos días, estaba leyendo el diario de un ministro francés, escrito en la cárcel. El ministro había sido encarcelado por causa de Panamá. ¡Con qué deleite, con cuánta admiración menciona a los pájaros que ve desde su ventana, y que antes, cuando era ministro, ni siquiera notaba! Claro que ahora, estando de nuevo en libertad, ya no los ve más. Usted tampoco se fijará en Moscú una vez que viva en ella. La felicidad no la tenemos, ni existe, la deseamos solamente.

TÚSENBACH.—¿Dónde están los bombones?

IRINA.—Se los comió Solióny.

TÚSENBACH.—¿Todos?

ANFISA (*trae el té*).—Una carta para usted, padrecito...

VERSHININ.—¿Para mí? (*Toma la carta.*) De mi hija. (*Lee.*) Sí, claro... Le pido excusas, María Serguéievna... Me iré despacito. No tomaré el té. (*Se levanta agitado.*) Ah, siempre estas historias...

MASHA.—¿Qué sucede? No es un secreto, ¿no?

VERSHININ (*en voz baja*).—Mi mujer se ha envenenado otra vez. Debo irme. Saldré sin que nadie lo note. Todo esto es tan horriblemente desagradable. (*Besa la mano de Masha.*) Es usted tan buena, tan adorable, tan dulce... Pasaré despacito, por aquí... (*Se va.*)

ANFISA.—Pero, ¿adónde se va? Y yo que le traía el té... ¡Qué raro es!

MASHA (*furiosa*).—¡Déjame en paz! ¡Siempre estás

ahí, molestando! No se puede estar tranquila... (Se va con la taza hacia la mesa.) ¡Ya estoy harta de ti!

ANFISA. — Pero, querida, ¿de qué te ofendes?

VOZ DE ANDRÉI. — ¡Anfisa!

ANFISA (imitándolo). — ¡Anfisa! Siempre sentado ahí... (Sale.)

MASHA (en el salón junto a la mesa, enojada). — Y yo, ¿dónde me siento? (Revuelve los naipes.) Ocupan todo el lugar con sus naipes. ¿Por qué no toman su té?

IRINA. — ¡Qué mala eres, Masha!

MASHA. — Si soy mala entonces no me hablen..., no me toquen...

CHEBUTÍKIN (riendo). — No la toquen, no la toquen...

MASHA. — Ya tiene sesenta años, pero se porta como un chiquillo diciendo siempre, el diablo sabe qué tonterías.

NATASHA (suspirando). — Querida Masha, ¿para qué emplear semejantes términos en una conversación? Con tu hermoso aspecto te aseguro que en la buena sociedad serías encantadora, si no fuese por las expresiones que empleas. *Je vous en prie, pardonnez-moi, Marie, mais vous avez des manières un peu grossières*<sup>1</sup>.

TÚSENBACH (tratando de retener la risa). — Denme... denme... Creo que es coñac, eso...

NATASHA. — *Il parait que mon Bobik déjà ne dort pas*<sup>2</sup>, se despertó. No está del todo bien hoy. Perdónenme, voy a verlo... (Sale.)

IRINA. — ¿Adónde se fue Aleksánder Ignátievich?

MASHA. — A su casa. Otra vez ocurre algo raro con su mujer.

(Túsenbach va hacia Solióny con la pequeña garrafa de coñac en la mano.)

TÚSENBACH. — Usted siempre está sentado solo, pen-

<sup>1</sup> Le ruego me perdone, María, pero usted tiene modales un poco groseros.

<sup>2</sup> Parece que mi Babik ya no duerme.

sando... Dios sólo sabe en qué. Hagamos las paces. Tomemos una copita. (Beben.) Hoy tendré que tocar el piano toda la noche, y seguramente toda clase de bagatelas... ¡Y bueno, paciencia!

SOLIÓNY. — ¿Por qué "hacer las paces"? Yo no me he peleado con usted.

TÚSENBACH. — Usted siempre provoca en mí la sensación de que hubiera pasado algo entre nosotros. No puede negar que tiene un carácter extraño.

SOLIÓNY (declamando). — Extraño soy, ¿quién no? ¡Aleco, no te enfades!

TÚSENBACH. — ¿Y qué tiene que ver Aleco?... (Pausa.)

SOLIÓNY. — Cuando estoy a solas con alguien, todo va bien, soy como los demás, pero en sociedad me pongo triste, tímido y... digo tonterías. A pesar de eso soy más honorable y más decente que muchos, muchos otros. Y lo puedo demostrar.

TÚSENBACH. — A menudo me enojo con usted porque siempre me busca querrela cuando estamos en compañía, y sin embargo me es simpático, no sé por qué. ¡Esta noche voy a embriagarme pase lo que pase! ¡Otra copita! ¡Bebamos!

SOLIÓNY. — ¡Bebamos! (Beben.) Nunca he tenido nada contra usted, barón. Pero tengo el carácter de Lérmon-tov. (En voz baja.) Hasta me parezco un poco a él... según dicen... (Saca del bolsillo un frasco de perfume y se rocia las manos.)

TÚSENBACH. — He presentado mi renuncia. ¡Basta! Cinco años pasé cavilando, y por fin me resolví. Me pondré a trabajar.

SOLIÓNY (declamando). — "Aleco, no te enfades, Olvida, olvida tus ensueños..."

(Mientras ellos conversan entra Andréi despacio, con un libro y se sienta junto a la masa.)

TÚSENBACH. — Me pondré a trabajar.

CHEBUTÍKIN (*yendo con Irina a la sala*). — Y la comida también era auténticamente caucásica: sopa de cebollas, y luego: chejartmá, un plato de carne.

SOLIÓNY. — La cheremshá no es carne, sino una planta, algo así como nuestra cebolla.

CHEBUTÍKIN. — No, ángel mío. Chejartmá no es una cebolla, es un plato de cordero.

SOLIÓNY. — Pues yo le digo que la cheremshá es una cebolla.

CHEBUTÍKIN. — Y yo le digo que la chejartmá es cordero.

SOLIÓNY. — Y yo le digo que la cheremshá es una cebolla.

CHEBUTÍKIN. — ¿Para qué he de seguir discutiendo? Ni ha estado usted nunca en el Cáucaso ni ha comido chejartmá.

SOLIÓNY. — No la he comido porque la detesto. La cheremshá tiene olor a ajo.

ANDRÉI (*suplicando*). — ¡Señores, basta! ¡Por favor!

TÚSENBACH. — ¿Cuándo vienen las máscaras?

IRINA. — Prometieron venir cerca de las nueve, así que pronto ya.

TÚSENBACH (*abrazando a Andréi y cantando*). — Mi portón, nuevo portón, mi portón, nuevo portón...

ANDRÉI (*canta y baila*). — Todo nuevo de madera...

CHEBUTÍKIN (*bailandö*). — ¡Pintadito -o! (*Risa general.*)

TÚSENBACH (*abrazando a Andréi*). — ¡Qué diablos! Bebamos una copa, Andriusha, vamos a tutearnos, bebamos. Yo también iré contigo a Moscú, a la universidad.

SOLIÓNY. — ¿A cuál de ellas? En Moscú hay dos.

ANDRÉI. — En Moscú hay una sola universidad.

SOLIÓNY. — Y yo le digo que hay dos.

ANDRÉI. — ¡Y aunque hubiera tres, tanto mejor!

SOLIÓNY. — En Moscú hay dos universidades. (*Mur-*

*mullos de desaprobación y siseos.*) En Moscú hay dos universidades, la nueva y la vieja. Pero si ustedes no quieren escucharme, si mis palabras los fastidian, puedo callarme. Hasta puedo ir a otra habitación... (*Sale por una de las puertas.*)

TÚSENBACH. — ¡Bravo, bravo! (*Ríe.*) Amigos míos, bailen. Voy a tocar. ¡Qué cómico es este Solióny! (*Se sienta al piano y toca un vals.*)

MASHA (*baila sola*). — ¡El barón está ebrio, el barón está ebrio, ebrio!

(*Entra Natasha.*)

NATASHA (*a Chebutikin*). — ¡Iván Románich! (*Le dice algo, y luego se retira silenciosamente.*)

(*Chebutikin toca el hombro de Túsenbach y le dice algo al oído.*)

IRINA. — ¿Qué pasa?

CHEBUTÍKIN. — Es hora de irnos ya. Buenas noches.

TÚSENBACH. — Sí, buenas noches. Ya es hora.

IRINA. — Pero ¿cómo, y las máscaras?

ANDRÉI (*confuso*). — No habrá máscaras. Mira, querida, Natasha dice que Bobik no está bien, y por eso... En fin, yo no sé..., a mí me es igual...

IRINA (*encogiéndose de hombros*). — ¡Bobik no está bien!

MASHA. — ¡Bueno, no vamos a llorar por eso! Vámonos, ya que nos echan. (*A Irina.*) No es Bobik el que está enfermo, es ella. ¡Aquí! (*Se golpea la frente con el dedo.*) ¡Burguesa!

(*Andréi se va a su cuarto por la puerta de la derecha, Chebutikin lo sigue; todos se despiden en el salón.*)

FEDÓTIK. — ¡Qué lástima! Y yo que pensaba pasar una velada amena; pero si la criatura está enferma, pues... entonces... Mañana le traeré un juguete...

RODE (*fuerte*). -- Y yo, que, a propósito, dormí una larga siesta pensando que bailarí la noche entera... No son más que las nueve.

MASHA. -- Salgamos a la calle. Allí podremos resolver qué haremos.

*(Se oye: "Buenas noches, que descansen bien". Y la risa alegre de Túsenbach. Salen todos. Anfisa y la otra criada levantan la vajilla y apagan las luces. Se oye el canto de la niñera. Andréi, con abrigo y bufanda entra despacio, acompañado por Chebutíkin.)*

CHEBUTÍKIN. -- No alcancé a casarme porque la vida pasó como un relámpago, y además, porque quería entrañablemente a tu madre, y ella estaba casada ya...

ANDRÉI. -- No hay que casarse. No, no hay que casarse, porque es muy aburrido.

CHEBUTÍKIN. -- Quizá sea así, pero, ¿y la soledad? Por más filosofía que uno haga el hecho es que la soledad es una cosa espantosa, alma mía. Aunque en el fondo... ¡qué más dá!

ANDRÉI. -- Vámonos pronto.

CHEBUTÍKIN. -- ¿Por qué apresurarse? Sobra tiempo.

ANDRÉI. -- Temo que mi mujer nos detenga.

CHEBUTÍKIN. -- ¡Ah!

ANDRÉI. -- Hoy no pienso jugar. Miraré un poco. No me siento bien... ¿Qué puedo hacer, Iván Románich, contra el ahogo?

CHEBUTÍKIN. -- ¿Para qué me preguntas? Ya olvidé todo, alma mía.

ANDRÉI. -- Salgamos por la cocina. *(Salen.)*

*(Suena la campanilla: ruelve a sonar. Se oyen voces y risas.)*

IRINA (*entrando*). -- ¿Qué pasa ahí?

ANFISA (*en voz baja*). -- Las máscaras. *(Campanilla.)*

*(Anfisa se va; Irina pasea por el cuarto pensativa: está agitada. Entra Solióny.)*

SOLIÓNY (*desconcertado*). -- ¿Cómo, no hay nadie? ¿Dónde están todos?

IRINA. -- Se fueron a sus casas.

SOLIÓNY. -- ¡Qué raro! Entonces, está usted sola?

IRINA. -- Sí, sola. *(Pausa.)* Adiós.

SOLIÓNY. -- Hace un rato me comporté con poca delicadeza, sin control, pero usted no es como los otros; usted está por encima de los demás; usted es pura, puede ver dónde está la verdad... Solamente usted puede comprenderme. La quiero, con profundo, infinito...

IRINA. -- ¡Adiós! Váyase.

SOLIÓNY. -- No puedo vivir sin usted. *(La sigue.)* ¡Oh, mi adorada! *(Entre lágrimas.)* ¡Oh, dicha mía! ¡Qué ojos espléndidos, extraordinarios, como no he visto en ninguna otra mujer...!

IRINA (*fríamente*). -- Basta, Vasíly Vasílich.

SOLIÓNY. -- Es la primera vez que le hablo de mi amor, y es como si no estuviera en la tierra, sino en otro planeta. *(Se restrega la frente.)* Bueno, no importa. Nadie puede querer por la fuerza. Pero no toleraré a rivales felices. ¡Eso no! Le juro por todos los santos que lo mataré... ¡Oh, mi maravilla!

*(Entra Natasha con una vela. Entreabre una puerta y mira adentro. Después otra y pasa delante de la puerta del cuarto de Andréi.)*

NATASHA. -- Andréi está ahí, que siga leyendo. Disculpame, Vasíly Vasílich, no sabía que estaba aquí. No estoy muy presentable.

SOLIÓNY. -- A mí me es igual. ¡Adiós! *(Sale.)*

NATASHA. -- Debes estar muy cansada, mi pobre niña querida. *(La besa.)* ¿Por qué no te acuestas temprano?

IRINA. -- ¿Duerme Bobik?

NATASHA. -- Sí, duerme. Pero no es un sueño tranquilo. A propósito, querida mía, quería decirte algo, pero, o tú no estabas en casa, o yo no tenía tiempo... Tengo la impresión de que el cuarto de Bobik es frío y hú-

medo, mientras que tu habitación es tan buena para una criatura. ¡Amor mío, queridita mía, múdate por el momento al cuarto de Olga!

IRINA (*sin comprender*). — ¿Dónde?

(*Se oye la llegada de una troika con cascabeles.*)

NATASHA. — Puedes quedarte por un tiempo con Olga, y Bobik pasará al cuarto tuyo. Es tan adorable: hoy le digo: “¡Bobik, eres mío, mío!”, y él me mira con sus ojitos. (*Suena una campanilla.*) Debe ser Olga. ¡Qué tarde llega! (*La criada se acerca a Natasha y le habla al oído.*) ¿Protopópov? ¡Qué gracioso! Llegó Protopópov y me invita a dar un paseo en la troika. (*Ríe.*) ¡Qué extraños son los hombres...! (*Campanilla.*) Ha llegado alguien. Podría salir un poco..., un cuarto de hora no más. (*A la criada.*) Dile que voy en seguida. (*Campanilla.*) Están llamando... Debe ser Olga. (*Sale.*)

(*La sirvienta sale corriendo, Irina se sienta pensativa. Entran Kulíguin, Vershinin y Olga.*)

KULÍGUIN. — Pero ¿cómo es esto? ¿No decían que habría fiesta?

VERSHININ. — ¡Qué raro! Cuando me fui hace apenas media hora, estaban esperando a las máscaras.

IRINA. — Se fueron todos.

KULÍGUIN. — ¿Y Masha también se fue? ¿Adónde fue? ¿Y por qué Protopópov está esperando abajo en la troika? ¿A quién espera?

IRINA. — No me hagan preguntas... Estoy cansada.

KULÍGUIN. — Ah, está caprichosa...

OLGA. — La reunión de profesores acaba de terminar, estoy rendida. Nuestra directora está enferma, de modo que yo debo sustituirla. Mi cabeza, mi cabeza... me duele... (*Se sienta.*) Andréi perdió ayer doscientos rublos en el juego. Toda la ciudad habla de eso.

KULÍGUIN. — Sí, a mí también me ha cansado la reunión.

VERSHININ. — A mi mujer no se le ha ocurrido nada mejor que asustarme un poco. Casi se envenena. Pero todo está en orden ahora, de modo que estoy contento, puedo descansar... Pero ¿hay que irse? Permítanme desearles las buenas noches. ¡Fiódor Ilyích, venga conmigo a alguna parte! Me es imposible quedarme en casa... ¡No puedo más! ¡Venga!

KULÍGUIN. — Estoy muy cansado. No iré. (*Se levanta.*) Estoy cansado. ¿Mi mujer se fue a casa?

IRINA. — Seguramente.

KULÍGUIN (*besa la mano de Irina*). — Adiós. A descansar, mañana y pasado mañana también. Buena suerte. (*Camina.*) Me gustaría tomar un poco de té. Contaba pasar una noche en agradable compañía y “¡o fallacem hominum spem!”<sup>1</sup>. Con el punto de exclamación se emplea la declinación acusativa.

VERSHININ. — Entonces, iré solo. (*Sale con Kulíguin, silbando.*)

OLGA. — ¡Ay, mi cabeza, mi cabeza!... Andréi ha perdido en el juego... Toda la ciudad no habla más que de eso. Voy a acostarme. (*Saliendo.*) ¡Mañana estoy libre...! ¡Dios mío, qué agradable es eso! Estar libre mañana y pasado mañana... Mi cabeza, me duele la cabeza... (*Sale.*)

IRINA (*sola*). — Se han ido todos. No hay nadie.

(*De la calle llega la música de un acordeón. La niñera canta.*)

NATASHA (*con saco de pieles y sombrero, atraviesa el salón; tras de ella la criada*). — Estaré de vuelta dentro de media hora. Un paseo y vuelvo. (*Sale.*)

IRINA (*quedada sola; con nostalgia*). — ¡Moscú!... ¡Moscú!...

T E L Ó N

<sup>1</sup> ¡Oh, esperanza humana engañosa!

### ACTO III

*El cuarto de Olga e Irina. Dos camas ocultas por biom-bos. Son las dos de la madrugada. Afuera suena el toque de alarma por incendio. Se advierte que nadie se ha acostado aún en la casa. Masha está recostada en el diván, vestida como siempre de negro. Entran Olga y Anfisa.*

ANFISA. — Ahora están sentadas debajo de la escale-ra... Yo les dije: "Sírvanse pasar arriba... no se pue-den quedar así". Ellas se pusieron a llorar. "No sabemos dónde está papá", dijeron "¿y si se ha quemado?" ¡Qué ideas! También en la calle hay gente a medio vestir.

OLGA (saca vestidos del ropero). — Tóma este gris... y esto..., el saquito también... y esta falda llévala tam-bién. ñaña... ¡Qué barbaridad! El pasaje Kirsánov debe haberse quemado íntegro. Toma, esto y esto... (Le arroja los vestidos sobre los brazos.) ¡Los pobres Ver-shinin se dieron un susto terrible! Casi se quema su casa. Mejor que pasen la noche con nosotros. No hay que de-jarlos volver allá... Al pobre Fedótik se le quemó todo, no le quedó nada...

ANFISA. — Mejor que llames a Ferapónt. Olechka; yo no puedo llevar todo esto...

OLGA (toca la campanilla). — No contestará nadie. (Ha-bla por la puerta.) ¡A ver, que venga alguien aquí! (Por la puerta abierta se ve una ventana roja por el resplan-dor del incendio; se oye pasar el carro de los bomberos.) ¡Qué horrible es esto! ¡Y qué cansada me tiene! (Entra

Ferapónt.) Mira, aquí tienes, llévalo abajo... Ahí, bajo las escaleras están las señoritas Kolotilin, dáselo... Y esto también...

FERAPÓNT. — Obedezco. En el año 12 también ardió Moscú. ¡Dios Todopoderoso! Los franceses estaban asom-brados.

OLGA. — Bueno, ve.

FERAPÓNT. — Obedezco. (Sale.)

OLGA. — Ñaña, querida, hay que darlo todo. No necesi-tamos nada, debes darlo todo, ñaña. Estoy tan cansa-da que apenas puedo tenerme en pie... No hay que de-jar que los Vershinin vuelvan a su casa... Las niñas pue-den dormir en la sala, y Aleksáedr Ignátievich que vaya abajo, con el barón. Fedótik que vaya también con el barón, o no, que duerma en el salón. El doctor está ebrio, terriblemente ebrio. Como si lo hubiera hecho adrede; de modo que no se le puede mandar a nadie. La mujer de Vershinin también puede ir a la sala.

ANFISA (agotada). — ¡Olechka, querida, no me eches por favor! ¡No me eches!

OLGA. — ¿Qué tonterías estás diciendo, ñaña? ¡Si na-die te echa!

ANFISA (poniendo su cabeza sobre el pecho de Olga). — ¡Vida mía, queridita, trabajo sin cesar, hago lo que pue-do...! Pero cuando no tenga más fuerzas todos dirán: ¡Vete! ¿Y dónde quieres que vaya? ¿Dónde? A los ochenta años... ochenta y dos años.

OLGA. — Debieras de sentarte un ratito, ñaña querida. Estás cansada, pobrecita... (La hace sentar.) Descansa un poquito, buenita mía. ¡Qué pálida estás!

(Entra Natasha.)

NATASHA. — Dicen que hay que organizar inmediata-mente una sociedad de ayuda a las víctimas del incendio. Me parece una idea excelente. En general hay que ayudar a los pobres, es el deber de los ricos. Bobik y Sófochka duermen como si no sucediera nada. Hay tanta gente en

casa ahora, que no se puede entrar en ningún cuarto sin encontrarse alguien. Hay influenza en la ciudad. No vayan a contagiarse los niños.

OLGA (*sin escucharla*). — Desde este cuarto no se ve el incendio. Aquí está tranquilo...

NATASHA. — Sí... Debo estar despeinada. (*Delante del espejo.*) Dicen que he engordado. No es verdad. ¡Ni un poquito! ¡Pobrecita Masha, está durmiendo! Se cansó... (*A Anfisa, friamente.*) ¡Que no te vea sentada en mi presencia! ¡Levántate! ¡Vete de aquí! (*Anfisa se levanta y sale. Pausa.*) ¡No comprendo para qué tienes a esta vieja aquí!

OLGA (*azorada*). — Discúlpame, pero yo tampoco comprendo...

NATASHA. — Es completamente inútil. Es una campesina y debería de vivir en el campo. ¡Qué son estos mimos! ¡A mí me gusta el orden en casa! ¡Sin gente que esté demás! (*Acaricia la cara de Olga.*) ¡Pobrecita, estás muy cansada! ¡Está cansada nuestra directora! Cuando mi Sófochka sea grande e ingrese en el Liceo, yo te tendré miedo.

OLGA. — No voy a ser directora.

NATASHA. — Te van a elegir, Olechka; ya está decidido.

OLGA. — Renunciaré. No puedo... No tendré las fuerzas... (*Bebe agua.*) ¡Has sido tan brutal ahora con ñaña...! Discúlpame, pero no puedo soportarlo... Se me nubla la vista...

NATASHA (*agitada*). — Perdóname, Olga, perdóname. No quería afligirte.

(*Masha se levanta, toma la almohada y se va a otro cuarto, enojada.*)

OLGA. — Debes comprender, querida... Nosotras hemos sido educadas quizás en una forma extraña, pero yo no soporto esto. Semejante trato me deprime, me enferma... Yo... me desaliento, simplemente.

NATASHA. — Perdóname, perdóname... (*La besa.*)

OLGA. — La más mínima grosería, una sola palabra descortés bastan para perturbarme...

NATASHA. — Es cierto que a menudo hablo por demás, pero debes admitir, querida, que Anfisa podría vivir en el campo.

OLGA. — Hace treinta años que está con nosotros.

NATASHA. — ¡Pero si ya no puede trabajar! O yo no te comprendo o tú no quieres comprenderme a mí. Ahora es incapaz de trabajar, no hace más que comer y dormir.

OLGA. — Bueno, que duerma.

NATASHA (*asombrada*). — ¿Cómo, que duerma? Pero si es una sirvienta. (*Entre lágrimas.*) Yo no te comprendo, Olechka. Tengo una niñera, una nodriza, hay una doncella y una cocinera, ¿para qué conservar, entonces, a esta vieja? ¿Para qué?

(*Se oye un nuevo toque de alarma.*)

OLGA. — ¡Esta noche he envejecido diez años!

NATASHA. — Tenemos que llegar a un acuerdo, Olga. Tú tienes el colegio, yo la casa. Tú con tu enseñanza, yo con mis quehaceres domésticos. Y si yo digo algo respecto a la servidumbre, pues sé lo que digo; sé lo que digo. ¡Y que desde mañana no esté más acá esa vieja ladrona, esa vieja bruja...! (*Patalea.*) ¡No me exasperes! ¡Me oyes? ¡No me exasperes! (*Reteniéndose repentinamente.*) Es verdad que si no te mudas abajo nos pelearemos siempre. ¡Es horrible!

(*Entra Kulíguin.*)

KULÍGUIN. — ¿Dónde está Masha? Ya es hora de volver a casa. Dicen que el incendio se está calmando. (*Se desespera.*) Parece que se quemó una sola manzana, y sin embargo, había tanto viento que al principio parecía que iba a arder la ciudad entera. (*Se sienta.*) ¡Qué cansancio! Olechka, querida..., pienso a menudo que si no

fuera por Masha, me casaría contigo. ¡Eres tan buena! Estoy extenuado. (*Escucha.*)

OLGA. — ¿Qué hay?

KULÍGUIN. — Ni que fuera a propósito, el doctor está borracho otra vez: (*Se levanta.*) Me parece que viene para acá... ¿Oyen? Sí, viene para acá. (*Ríe.*) ¡Qué personaje!, ¿eh? Me voy a esconder. (*Se coloca en el rincón al lado del ropero.*) ¡Qué bandido!

OLGA. — Estuvo sin beber dos años y de repente se emborrachó... (*Se va con Natasha al fondo del cuarto.*)

(*Entra Chebutíkin; sin tambalearse, como una persona sobria, camina por la habitación, se detiene, mira a su alrededor, luego se acerca al lavabo y empieza a lavarse las manos.*)

CHEBUTÍKIN (*sombrío*). — ¡Al diablo con ellos...! Que el diablo se los lleve a todos. Creen que soy médico, que sé curar enfermedades, mientras yo no sé absolutamente nada, lo olvidé todo, no recuerdo nada, absolutamente nada. (*Olga y Natasha se retiran sin que él lo note.*) ¡Al diablo! El miércoles pasado atendí a una mujer en Sásip y se murió; yo tengo la culpa de que haya muerto. Sí... algo sabía hace unos 25 años, pero ahora no recuerdo nada. Nada. Quizás yo no sea un hombre, quizás solamente pretendo tener manos y pies y cabeza: puede ser que en realidad yo no exista y que solamente me parezca que ando, como y duermo. (*Llora.*) ¡Oh, si pudiera no existir! (*Cesa de llorar; sombrío.*) ¡Al diablo! El otro día conversaban en el club; decían Shakespeare, Voltaire... Yo no los he leído, no he leído nada, pero puse cara de haberlos leído. Y los otros hicieron lo mismo. ¡Qué trivialidad! ¡Qué bajeza! Y a esa mujer que maté el miércoles, también la recordé... Todo lo recordé, y senti en el alma un asco tal, una miseria tal que me puse a beber...

(*Entran Irina, Vershinin y Túsenbach; este último está vestido de civil, con un traje nuevo y de última moda.*)

IRINA. — Sentémonos aquí. Aquí no vendrá nadie.

VERSHININ. — Si no hubiera sido por los soldados se quemaba toda la ciudad. ¡Bravos muchachos! (*Se restriega las manos de contento.*) ¡Valen oro! ¡Qué bravos muchachos!

KULÍGUIN (*acercándose*). — Por favor, ¿qué hora es?

TÚSENBACH. — Son más de las tres. Ya está aclarando.

IRINA. — Todos están sentados en el salón, y no se va nadie. Y su Solióny también está ahí. (*A Chebutíkin.*) Mejor sería que se fuera a dormir, doctor.

CHEBUTÍKIN. — Yo estoy muy bien... Muchas gracias. (*Se peina la barba.*)

KULÍGUIN (*riendo*). — Está algo bebido, ¿no, Iván Románich? (*Le da una palmada en el hombro.*) ¡Bravo! "In vino veritas", decían en la antigüedad.

TÚSENBACH. — Me están pidiendo que organice un concierto a beneficio de las víctimas.

IRINA. — Pero, ¿quién va a...?

TÚSENBACH. — Con un poco de buena voluntad se podría organizar muy bien. Me parece que María Serguéievna toca el piano maravillosamente.

KULÍGUIN. — Sí, maravillosamente.

IRINA. — Ya se ha olvidado. Hace tres o cuatro años que no toca.

TÚSENBACH. — En esta ciudad nadie entiende de música, pero yo sí, entiendo, y les doy mi palabra de honor que María Serguéievna toca admirablemente, casi, diría, con talento.

KULÍGUIN. — Tiene razón, barón. Yo la quiero mucho, a Masha. Es buenísima.

TÚSENBACH. — ¡Saber tocar tan admirablemente y al mismo tiempo ser consciente de que nadie, nadie comprende!

KULÍGUIN (*suspira*). — Sí... ¿pero quedará bien que ella toque en un concierto? (*Pausa.*) Yo, señores, no sé nada. Puede ser que quede muy bien. Debo admitir que nuestro director es una buena persona, buenísima, muy



inteligente, pero tiene algunas ideas... Claro que esto no le concierne, pero a pesar de todo, si ustedes quieren, hablaré con él.

CHEBUTÍKIN (*toma en sus manos el reloj de porcelana y lo estudia*).

VERSHININ. — Ayudando en el incendio me he puesto la ropa hecha una miseria. (*Pausa.*) Creo haber oído decir ayer que piensan mandar nuestra brigada lejos de aquí. Unos decían a Polonia, otros a Chitá, en Siberia.

TÚSENBACH. — Sí. Yo también oí ese rumor. La ciudad quedará vacía.

IRINA. — ¡Nosotras también nos iremos!

CHEBETÍKIN (*deja caer el reloj, que se rompe*). — ¡Se ha hecho añicos!

(*Pausa; todos quedan afligidos y confusos.*)

KULÍGUIN (*recogiendo los pedazos*). — ¡Romper una cosa de tanto valor! ¡Ay, ay, ay, Iván Románich, se merece un cero en conducta!

IRINA. — Era el reloj de mamá.

CHEBUTÍKIN. — Puede ser... Si era de su mamá, pues era de su mamá. Pero quizás no lo haya roto, en realidad, sino que parece que lo haya roto. Quizás nos parezca que existimos cuando en verdad no existimos. Yo no sé nada. Nadie sabe nada. (*Desde la puerta.*) ¿Por qué me miran? Natasha tiene una aventura con Protopópov y ustedes no lo ven... Están ahí, sentados y no ven nada, mientras Natasha tiene una aventura con Protopópov... (*Canta.*) ¿Qué tal les pareció esta frutilla? (*Sale.*)

VERSHININ. — Sí... (*Rie.*) ¡Qué extraño es todo esto, en realidad! (*Pausa.*) Cuando comenzó el incendio corrí a mi casa; me acerqué, miré y ví que estaba sana y salva y fuera de peligro, pero mis dos hijitas se hallaban en la puerta, en ropas menores, su madre no estaba con ellas; alrededor la gente iba y venía precipitadamente, corrían los caballos y los perros, y en las caras de las niñas vi

una expresión de súplica, de espanto, de ansiedad..., de no sé qué. Se me oprimió el corazón al ver esos rostros. Dios mío, pensé, lo que tendrán que sobrellevar aún estas criaturas en el transcurso de sus vidas. Las alcé y eché a correr, siempre pensando en lo que tendrían que sufrir todavía. (*Se oye el toque de alarma. Pausa.*) Cuando llegué a esta casa, la madre ya estaba aquí, gritando, furiosa. (*Entra Masha con su almohada y se sienta en el diván.*) Cuando ví a mis hijas ahí, a medio vestir, en el umbral, con la calle roja por el resplandor del fuego y todo ese ruido, pensé que algo parecido debía haber sucedido años atrás, cuando el enemigo irrumpía sorpresivamente, saqueando y quemando todo... Y en el fondo, ¿cuál es la diferencia entre lo que fue y lo que es? Pasarán unos doscientos, trescientos años y la vida que llevamos será considerada con temor y con burla; todo lo presente parecerá tosco, pesado, incómodo y extraño. ¡Oh, qué vida será aquélla, qué vida! (*Rie.*) Perdónenme, otra vez estoy filosofando. Pero, permítanme continuar. Tengo tantos deseos de hacerlo, estoy precisamente en ese estado de ánimo. (*Pausa.*) Parecen estar todos dormidos. Bueno, pues como decía: ¡Qué vida será aquélla! Imagínense... Seres como ustedes ahora no hay más que tres en la ciudad, pero en las generaciones venideras habrá cada vez más, y llegará el día en que todo cambiará y el mundo vivirá al modo de ustedes, luego ustedes también parecerán anticuadas, nacerán seres mejores... (*Rie.*) Me siento en un estado de ánimo muy especial. Tengo unas ansias terribles de vivir... (*Canta.*) "Amar a toda edad se puede, oír su llamado se debe..."<sup>1</sup> (*Rie.*)

MASHA. — Ta-ra-ra...

VERSHININ. — Ta-ta-ta...

MASHA. — Ta-ra-ra...

VERSHININ. — Ta-ta-ta. (*Rie.*)

(*Entra Fedótik.*)

<sup>1</sup> De la ópera *Eugenio Oneguín* de Chaikovsky.

FEDÓTIK (*bailando*). — ¡Se quemó, se quemó! ¡Todo lo que yo tenía se quemó!

(*Risa general.*)

IRINA. — ¡Vaya una broma! ¿Realmente se le ha quemado todo?

FEDÓTIK. — Todo. Hasta la última cosa. No quedó nada. Se quemó la guitarra, se quemaron las fotografías, y todas mis cartas... Quería regalarle una libretita, pero también se quemó.

(*Entra Solióny.*)

IRINA. — No, por favor, Vasíly Vasílich. ¡Váyase! Aquí no se puede.

SOLIÓNY. — ¿Por qué puede estar el barón y yo no?

VERSHININ. — Es tiempo de irnos. ¿Cómo sigue el incendio?

SOLIÓNY. — Dicen que se está calmando. Pero, francamente, me resulta muy extraño que el barón pueda estar aquí y yo no. (*Saca el perfume del bolsillo y se vaporiza con él.*)

VERSHININ. — Ta-ta-ta...

MASHA. — Tra-la-la...

VERSHININ (*riendo, a Solióny*). — Vamos a la sala.

SOLIÓNY. — Bien, tomaré nota de esto. "La idea no pretendo aclarar, pues temo a los gansos enfadar". (*Mirando a Túsenbach.*) Pí, pío, pío... (*Sale con Vershinin y Fedótik.*)

IRINA. — ¡Cómo llenó todo de humo este Solióny! (*Desconcertada.*) ¡El barón se ha dormido! ¡Barón, harón!

TÚSENBACH (*reaccionando*). — ¡Qué cansancio, caramba!... Una fábrica de ladrillos... No estoy delirando, es la verdad; pronto me iré a una fábrica de ladrillos y me pondré a trabajar. Ya he conversado sobre esto. (*A Irina, tiernamente.*) Está usted tan pálida, tan hermosa,

tan fascinante... Su palidez parece aclarar las tinieblas, como una luminosidad... Usted está triste, está descontenta de la vida. ¡Oh, venga conmigo, venga a trabajar junto a mí!

MASHA. — Nikolái Lvóvich, váyase de aquí.

TÚSENBACH (*riendo*). — ¿Estaba usted aquí? No la había visto... (*Besa la mano de Irina.*) Adiós, me voy. Mirándola ahora, recuerdo cómo una vez, hace tiempo ya, en el día de su santo, usted hablaba con mucha alegría y convicción de los placeres del trabajo... ¡Qué feliz iba a ser mi vida, pensaba yo entonces! ¿Y dónde está? (*Besa la mano de Irina.*) Sus ojos tienen lágrimas. Vaya, acuéstese, ya está aclarando..., amanece... ¡Si me fuera permitido dar mi vida por usted!

MASHA. — Nikolái Lvóvich, váyase, por favor. Francamente...

TÚSENBACH. — Bueno, me voy... (*Sale.*)

MASHA (*acostándose*). — Fiódor, ¿duermes?

KULÍGUIN. — ¿Eh?

MASHA. — ¿Por qué no te vas a casa?

KULÍGUIN. — Mi querida Masha, mi adorada Masha...

IRINA. — Está algo cansada. Déjala dormir un poco.

KULÍGUIN. — Bueno, me iré en seguida... Mi mujer es buena, es linda... Te amo, mi única...

MASHA (*enojada*). — Amo, amas, amat, amamus, amatis, amant.

KULÍGUIN (*riendo*). — Eres extraordinaria, realmente. Ya hace siete años que nos casamos y a mí me parece que fue ayer. Palabra de honor. No, te aseguro que eres una mujer extraordinaria. ¡Soy feliz, feliz, feliz!

MASHA. — ¡Y yo harta, harta, harta! (*Se incorpora.*) ¡No me puedo sacar esto de la cabeza! ¡Es indignante! Lo tengo como un clavo en el cerebro y no lo puedo callar. Me refiero a Andréi. ¡Hipotecó la casa y el dinero lo tomó su mujer! ¡Pero la casa no es de él solo, nos pertenece a los cuatro! Él debe saberlo bien, si es una persona decente.

KULÍGUIN. — ¡Deja eso, Masha! ¿Para qué? Andréi está lleno de deudas... Bueno, allá él.

MASHA. — De todos modos es indignante. (*Se vuelve a acostar.*)

KULÍGUIN. — Tú y yo no somos pobres. Yo *tfabajo*, voy al colegio y doy clases particulares... Soy una persona honrada..., sencilla... "Omnia mea mecum porto"<sup>1</sup> como se dice.

MASHA. — No no necesito nada, pero me indigna la injusticia. (*Pausa.*) Vete, Fiódor.

KULÍGUIN. — Debes estar fatigada. Descansa un rato; yo te esperaré ahí, sentado... Duerme... (*Saliendo.*) Soy feliz, feliz, feliz. (*Sale.*)

IRINA. — Es cierto, cómo se ha empequeñecido Andréi. ¡Cómo ha envejecido y cómo se ha apagado al lado de esa mujer! En otros tiempos se preparaba para ser profesor, mientras que ayer se jactaba de que por fin había sido elegido miembro del Ayuntamiento. Él miembro del Consejo y Protopópov su presidente... Toda la ciudad habla, y se ríe; pero él ni sabe, ni nota nada... Ya ves, todo el mundo ha corrido al incendio, mientras que Andréi está tranquilamente en su cuarto, sin prestar la menor atención. Lo único que hace es tocar el violín. (*Nerviosamente.*) ¡Es horrible, horrible, horrible! (*Llora.*) No puedo, no puedo soportar más... ¡No puedo, no puedo! (*Entra Olga y se pone a ordenar su mesa. Irina sollozando fuertemente.*) ¡Échenme de aquí, échenme, ya no puedo más!...

OLGA (*asustada*). — ¿Qué pasa? ¿Qué te pasa, querida?

IRINA (*sollozando*). — ¿Adónde, adónde se ha ido todo? ¿Dónde está? ¡Oh, Dios mío, Dios mío! No recuerdo nada... Se me embrolla todo en la cabeza... No sé ya cómo se dice en italiano ventana o techo... Estoy olvidando todo, cada día olvido algo, y mientras tanto la

<sup>1</sup> Lo que tengo lo llevo puesto.

vida se va y no volverá nunca; no nos iremos a Moscú... Ya veo que no nos iremos...

OLGA. — Querida, querida...

IRINA. — ¡Qué desdichada me siento! ¡No puedo trabajar, y no voy a trabajar! ¡Basta, basta! Fui telegrafista, ahora trabajo en la Municipalidad, pero detesto y desprecio todo lo que me dan a hacer... Ya tengo 23 años, hace mucho que trabajo, siento que mi cerebro se está secando; estoy más delgada, más fea, más vieja, y no tengo nada, nada, ninguna satisfacción; el tiempo pasa y siento que me estoy alejando de la maravillosa verdadera vida, cada vez más, hacia no sé qué abismo. Estoy desesperada, y por qué estoy viva, por qué no me he suicidado aún, no lo comprendo...

OLGA. — No llores, amor mío, no llores. Estoy sufriendo.

IRINA. — No lloro, no lloro... Basta... Ya está, no lloro más. Basta... ¡Basta!

OLGA. — Querida, te lo digo como hermana, como amiga; si quieres un consejo, cástate con el barón. (*Irina llora quedamente.*) Tú lo respetas, ¿no es verdad?, lo estimas... Claro, es feo, pero es tan decente, tan puro... Uno no se casa por amor, sino para cumplir con un deber. Así, por lo menos, pienso yo. Habría aceptado a cualquiera que hubiera pedido mi mano siempre que fuese una persona decente. Hasta me habría casado con un viejo...

IRINA. — Siempre esperé que nos mudáramos a Moscú; allí encontraría a mi verdadero amor, soñaba con él, lo amaba... Pero todo resultó una tontería, una tontería...

OLGA (*abrazando a su hermana*). — Hermanita querida, comprendo todo. Cuando el barón Nikolái Lvóvich dejó el ejército y vino aquí, vestido de civil, me pareció tan feo que hasta me hizo llorar... Él me preguntó: "¿Por qué llora?" ¿Cómo le iba a contestar? Pero si Dios dispusiera que se casara contigo, estaría contenta. Se trata de otra cosa, totalmente otra cosa.

(Natasha, vela en mano, cruza la escena en silencio desde la puerta derecha a la puerta izquierda y desaparece.)

MASHA (se incorpora). — Natasha anda por ahí como si ella hubiera provocado el incendio.

OLGA. — Eres una tonta, Masha. Perdóname, pero la más tonta de la familia eres tú. (Pausa.)

MASHA. — Quiero confesarme, hermanas mías. Tengo una angustia muy grande en el alma. Me confesaré a ustedes y nunca más ante nadie. Lo diré en seguida. (Quedamente.) Es mi secreto, pero ustedes deben saber todo. Ya no puede callarlo. (Pausa.) Lo amo..., amo a ese hombre..., acaban de verlo. Bueno..., en una palabra, amo a Vershinin.

OLGA (se retira detrás de su biombo). — Deja eso. De todos modos yo no te oigo.

MASHA. — ¿Qué hacer? (Se toma la cabeza entre las manos.) Primero me pareció raro, luego le tuve lástima... Después lo amé..., lo amé con su voz, sus palabras, sus desgracias, sus dós hijas...

OLGA (detrás del biombo). — Yo no te oigo. Por más tonterías que digas, yo no te oigo.

MASHA. — La tonta eres tú. Si lo quiero es porque tal es mi destino, tal es mi suerte... Él también me quiere... Todo esto es espantoso, ¿no? No está bien, ¿verdad? (Toma la mano de Irina y la atrae hacia sí.) Oh, mi querida... ¿Cómo haremos para vivir el resto de nuestras vidas? ¿Qué será de nosotras?... Cuando una lee una novela cualquiera le parece que todo eso es anticuado y fácil, pero cuando una misma se enamora, se da cuenta que nadie comprende nada, y que cada una de nosotras debe decidir por sí misma... ¡Hermanas mías! Les he confesado todo y ahora callaré..., aguantaré, como el loco ese en el libro de Gógol: "Silencio..., silencio..."

(Entra Andréi seguido por Ferapónt.)

ANDRÉI (enojado). — ¿Qué quieres? No te comprendo.

FERAPÓNT (desde la puerta, con impaciencia). — Ya se lo dije como diez veces, Andréi Serguéievich.

ANDRÉI. — ¡En primer lugar no soy Andréi Serguéievich para ti, sino su excelencia!

FERAPÓNT. — Los bomberos piden permiso a su excelencia para pasar por el jardín hacia el río. Si no, tienen que dar toda la vuelta. ¡Es una verdadera desgracia!

ANDRÉI. — Bueno. Diles que está bien. (Ferapónt sale.) Me tienen harto. ¿Dónde está Olga? (Olga sale por detrás del biombo.) Te buscaba; dame la llave del armario, he perdido la mía. Tú tienes una pequeña. (Olga le entrega la llave sin decir una palabra. Irina va detrás del biombo. Pausa.) ¡Qué incendio enorme! Ahora ya se ha calmado. ¿Por qué diablos me enojé con Ferapónt? Qué tontería le dije... Su excelencia... (Pausa.) ¿Por qué te callas, Olga? (Pausa.) Ya es tiempo de que dejes de enfurruñarte así, sin ton ni son... Masha está aquí, Irina también. ¡Espléndido!, podremos explicarnos, aclarar las cosas de una vez por todas. ¿Qué es lo que tienen ustedes contra mí? Díganme, ¿qué?

OLGA. — Deja, Andriusha. Nos explicaremos mañana. (Nerviosa.) ¡Qué noche de tortura!

ANDRÉI (muy confuso). — No te pongas nerviosa. Les he preguntado con toda calma: ¿qué es lo que tienen contra mí? Hablen con franqueza.

VOZ DE VERSHININ. — ¡Tra-la-la!

MASHA (se levanta, fuerte). — ¡Tra-la-la (A Olga.) Adiós, Olechka; que Dios le guarde. (Va detrás del biombo y besa a Irina.) Que duermas bien. Adiós, Andréi. Vete, tus hermanas están cansadas..., ya hablarás mañana. (Sale.)

OLGA. — Es verdad, Andréi, dejémoslo para mañana. (Se retira detrás del biombo.) Es hora de acostarnos.

ANDRÉI. — Quiero decir una sola cosa, después me iré. Un momento. En primer lugar ustedes tienen algo contra Natasha, mi mujer, y esto lo he notado desde el día en

que me casé. Natasha es una persona excelente, honesta, recta y decente, ésta es mi opinión. Yo quiero y respeto a mi mujer, ¿me comprenden?, la respeto, y exijo que los demás la respeten también. Vuelvo a repetir, es una persona honorable y decente, y todos esos disgustos de ustedes, perdónenme, pero no son más que caprichos... (Pausa.) En segundo lugar, parecen estar enojadas porque no soy profesor y he dejado las ciencias. Pero tengo un puesto en el Consejo, soy miembro del Consejo Municipal y considero que mis obligaciones allí son tan importantes y valiosas como un trabajo científico. Y si quieren saberlo, estoy orgulloso de ser miembro del Consejo Municipal... (Pausa.) Debo decir algo más... He hipotecado la casa sin pedirles permiso... De eso soy culpable, sí, y les pido perdón. Mis deudas me obligaron a ello. Treinta y cinco mil rublos... Ya no juego más; hace tiempo que dejé el juego, pero todo lo que puedo decir para justificarme es que ustedes, solteras, reciben una pensión, mientras que yo no tenía... rentas, por así decir... (Pausa.)

KULÍGUIN (en la puerta). — ¿Masha no está aquí? (Preocupado.) ¿Dónde puede estar, entonces? Qué extraño... (Sale.)

ANDRÉI. — No quieren escucharme. Les digo que Natasha es una persona excelente y honorable. (Se pasea por la escena en silencio. Lugo se detiene.) Cuando me casé, pensé que seríamos felices..., que todos seríamos felices... Pero... ¡Dios mío!... (Llora.) Hermanas mías, queridas, no me crean, no me crean... (Sale.)

KULÍGUIN (en la puerta, agitado.) ¿Dónde está Masha? ¿No está aquí? ¡Qué cosa extraordinaria! (Sale.)

(Suena el toque de alarma. La escena queda vacía.)

IRINA (detrás del biombo). — ¡Olga! ¿Quién golpea en el piso?

OLGA. — Es el doctor; Iván Románich. Está borracho.

IRINA. — ¡Qué noche intranquila! (Pausa.) ¡Olechka! (Saca la cabeza.) ¿Has oído? Van a transferir la brigada, la mandarán lejos de aquí.

OLGA. — Son rumores, solamente.

IRINA. — Nos quedaremos solas, entonces. ¡Olechka!

OLGA. — ¿Qué?

IRINA. — ¡Querida, sí, yo respeto al barón, y lo aprecio, es una excelente persona; está bien, me casaré con él, estoy de acuerdo, pero por favor, vámonos a Moscú! ¡Te lo suplico! No hay nada mejor en el mundo que Moscú. ¡Vámonos, Olga, vámonos!

## TELÓN

## ACTO IV

*El viejo jardín de los Prósorov. Una larga avenida de cedros, al fondo el río. En la ribera opuesta, un bosque. A la derecha, la terraza de la casa; sobre una mesa copas y botellas. Se acaba de beber champán. Son las doce del día. De tanto en tanto gentes de la calle pasan por el jardín yendo hacia el río; cruzan rápidamente cinco soldados. Chebutikin, de humor muy benevolente, que no abandona durante todo el acto, está sentado en el jardín, en un sillón, esperando que lo llamen. Lleva gorra de uniforme y bastón. Irina, Kuliguin, con medalla al cuello y sin bigotes y Túsenbach están de pie en la terraza, despidiéndose de Fedótik y Rode que bajan las escaleras; ambos oficiales están en uniforme de campaña.*

TÚSENBACH (*besándose con Fedótik*). — Es usted una buena persona; hemos sido grandes amigos. (*Besándose con Rode.*) Una vez más... Adiós, amigo...

IRINA. — ¡Hasta la vista!

FEDÓTIK. — Hasta la vista, no; ¡adiós! Ya no nos veremos más.

KULÍGUIN. — ¿Quién sabe? (*Se seca los ojos.*) ¿Ve? Yo también lloro.

IRINA. — Algún día nos veremos.

FEDÓTIK. — ¿Dentro de diez o quince años? Entonces ya ni nos reconoceremos y nos saludaremos con frialdad. (*Toma una fotografía.*) Un momento... Una última vez.

RODE (*abrazando a Túsenbach*). — YaY no nos veremos más... (*Besa la mano de Irina.*) ¡Gracias por todo, por todo!

FEDÓTIK (*con despecho*), — ¡Espera!

TÚSENBACH. — Si Dios quiere volveremos a encontrarnos. Escriban. No dejen de escribirnos.

RODE (*echando una última mirada al jardín*). — ¡Adiós, árboles! (*Grita.*) ¡Ji-ja! (*Pausa.*) ¡Adiós, eco!

KULÍGUIN. — A lo mejor se casará en Polonia. Cuando su mujer polaca lo abrace le dirá: "¡Cojane!"<sup>1</sup> (*Rie.*)

FEDÓTIK (*mirando su reloj*). — Falta menos de una hora. De nuestra batería, Solióny es el único que irá en chalana, los demás marcharemos con las tropas. Tres baterías se marchan hoy y tres mañana; entonces sí que reinarán la paz y la calma en esta ciudad.

TÚSENBACH. — Sí, y un aburrimiento espantoso.

RODE. — ¿Dónde está María Serguéievna?

KULÍGUIN. — En el jardín.

FEDÓTIK. — Debemos despedirnos de ella.

RODE. — Adiós, vámonos; si no, me pondré a llorar... (*Abraza rápidamente a Túsenbach y a Kuliguin, besa la mano de Irina.*) ¡Qué bien hemos vivido aquí...!

FEDÓTIK. — Esto es para usted... Como recuerdo... Una libretita con un lápiz. Bueno..., iremos por aquí hasta el río... (*Se alejan, ambos se vuelven.*)

RODE (*grita*). — ¡Ji-ja!

KULÍGUIN (*grita*). — ¡Adiós!

(*En el foro, Fedótik y Rode se encuentran con Masha y se despiden de ella. Masha sale con ellos.*)

IRINA. — Se fueron... (*Se sienta en el último peldaño de la terraza.*)

CHEBUTÍKIN. — Y de mí no se despidieron...

IRINA. — ¿Y usted?

CHEBUTÍKIN. — Es verdad. Yo también me olvidé. No

<sup>1</sup> En polaco: adorado.

importa, pronto volveré a verlos. Me voy mañana. Sí... me queda un día más. Dentro de un año, cuando me retire, volveré aquí y pasaré los últimos días de mi vida cerca de ustedes. Me falta sólo un año para jubilarme... (*Guarda un diario en su bolsillo y saca otro.*) Volveré aquí y cambiaré radicalmente mi modo de vivir. Me volveré apacible, decente, servicial...

IRINA. — Sí, usted realmente debería cambiar su vida.

CHEBUTÍKIN. — Sí... Yo también sentí eso... (*Se pone a canturrear suavemente.*) Ta-ra-ra... búm-di-a... Ta-ra-ra... búm-di-a.

KULÍGUIN. — Es incorregible, Iván Románich. ¡Incorregible!

CHEBUTÍKIN. — Sí. Tendría que haberme puesto en sus manos. Me habría reformado.

IRINA. — Fiódor se cortó el bigote. ¡No puedo mirarlo!

KULÍGUIN. — ¿Por qué no?

CHEBUTÍKIN. — Yo podría decir a qué se parece su cara ahora, pero no me atrevo.

KULÍGUIN. — Es que... así se usa. Modus vivendi, ¿sabe? Nuestro director se afeitó el bigote, entonces yo, cuando me nombraron inspector, también me lo afeité. A nadie le gusta, pero me es igual; yo estoy contento. Con bigotes o sin bigotes, lo mismo estoy contento. (*Se sienta.*)

(*Por el fondo se ve pasar a Andréi con un cochecito donde duerme una criatura.*)

IRINA. — Iván Románich, querido mío, estoy muy preocupada. Usted estaba ayer en el bulevar, dígame, ¿qué sucedió?

CHEBUTÍKIN. — ¿Qué sucedió? Nada. Tonterías. (*Lee el diario.*) ¡Sin ninguna importancia!

KULÍGUIN. — Cuentan que Solióny y el barón se encontraron ayer en el bulevar, cerca del teatro...

TÚSENBACH. — ¡Por favor, cálese! ¿Qué necesidad...? (*Hace un ademán de exasperación y entra en la casa.*)

KULÍGUIN. — Cerca del teatro Solióny empezó a burlarse del barón, éste perdió la paciencia y le dijo algo ofensivo.

CHEBUTÍKIN. — No sé. Son tonterías.

KULÍGUIN. — En un Seminario, un profesor de latín, escribió en el cuaderno de un alumno la palabra "tontoría" en ruso, y éste, pobre, no podía descifrarla creyendo que estaba escrita en latín. (*Ríe.*) ¡Qué gracioso! Dicen que Solióny está enamorado de Irina y que odia al barón... Claro, es comprensible. Irina es una joven muy buena. Hasta se parece a Masha, igualmente pensativa. Pero tú, Irina, tienes un carácter más suave, aunque, en realidad, Masha también tiene buen carácter. Yo la quiero mucho a Masha.

(*Desde el fondo, fuera de escena se oyen gritos: "¡Ji-Ja!"*.)

IRINA (*se estremece*). — Todo me asusta hoy. (*Pausa.*) Ya tengo todo listo. Voy a despachar mis cosas después del almuerzo. Mañana me caso con el barón. El mismo día nos iremos a la fábrica de ladrillos, y pasado mañana ya estaré en el colegio; empieza una vida nueva. ¡Que Dios me ayude! Mientras rendía mis exámenes de maestra hasta lloré de alegría, de agradecimiento. (*Pausa.*) De un momento a otro debe llegar el carro para llevar mis cosas...

KULÍGUIN. — Será así, pero, no sé, todo esto es poco serio. Nada más que ideas, pero poca seriedad. De todos modos, mis mejores deseos.

CHEBUTÍKIN (*emocionado*). — Ángel mío... queridito, mi preciosa... ¡Qué lejos se ha ido! Ya no la podré alcanzar. He quedado atrás, como un pájaro migratorio que de viejo no puede seguir volando. ¡Vuelen, amores míos, vuelven con Dios! (*Pausa.*) No sé por qué se ha afeitado usted el bigote, Fiódor Ilyích.

KULÍGUIN. — ¡Basta de eso! (*Suspira.*) Hoy se van los militares y todo seguirá como antes. Digan lo que digan.

pero Masha es una buena mujer, honrada, y yo la quiero mucho, y agradezco mi suerte. La suerte de la gente varía. Por ejemplo, hay un empleado en la oficina de impuestos, que se llama Kosírev. Fue al colegio conmigo y lo expulsaron en el quinto año porque no llegaba a comprender "ut consecutivum"<sup>1</sup>. Ahora está en la miseria y enfermo; cuando me encuentro con él le digo: "¡Hola, ut consecutivum!" — "Sí", me contesta, "justamente consecutivum..." y tose... En cambio yo siempre he tenido suerte, ¿ven?, hasta me gané la orden de Estanislao de segundo grado y ahora yo soy quien enseño ese "ut consecutivum" a los otros. Claro, soy un hombre inteligente, más inteligenté que muchos, pero la felicidad no está en eso...

(En la casa, alguien toca en el piano "La plegaria de la Virgen".)

IRINA. — Mañana por la noche ya no tendré que oír esta "Plegaria de la Virgen". Ni tendré que encontrarme con Protopópov. (Pausa.) Protopópov está sentado en el salón; hoy también vino...

KULÍGUIN. — ¿No llegó nuestra directora todavía?

IRINA. — No. Fueron a buscarla. Si usted supiera qué difícil me es vivir aquí, sola, sin Olga... Ella vive en el Liceo, es directora, está todo el día ocupada, mientras que yo, estoy sola, aburrida, sin hacer nada y odio el cuarto en que vivo... Entonces me decidí: si realmente no puedo ir a Moscú, que así sea. No es mi destino. ¿Qué le puedo hacer? Todo está en manos de Dios, es verdad. El barón, Nikolái Lvóvich, pidió mi mano. Reflexioné y me decidí. Es muy buena persona: asombrosamente buena... Y de pronto sentí como si me hubieran crecido alas, me puse alegre, perdí mi pesadez y me volvieron las ansias de trabajar, trabajar... Pero, algo ocurrió ayer, y no sé qué misterio se cierne sobre mí.

CHEBUTÍKIN. — ¡Tonterías!

<sup>1</sup> Forma gramatical en latín.

NATASHA (en la ventana). — ¡La directora!

KULÍGUIN. — ¡Llegó la directora! Vamos. (Entra con Irina en la casa. Chebutikin lee el diario y canturrea suavemente.)

CHEBUTÍKIN. — Ta-ra-ra-búm... di-a... ta-ra-ra... búm-bi-a...

(Se acerca Masha; en el fondo Andréi vuelve a pasar con el cochecito.)

MASHA. — Aquí está cómodamente sentado.

CHEBUTÍKIN. — ¿Y qué?

MASHA (se sienta). — Nada... (Pausa) ¿Usted amó a mi madre?

CHEBUTÍKIN. — Mucho.

MASHA. — ¿Y ella a usted?

CHEBUTÍKIN (tras una pausa). — Eso ya no lo recuerdo.

MASHA. — ¿Mi hombre está aquí? Nuestra cocinera solía llamar así a su vigilante: mi hombre. ¿Está mi hombre aquí?

CHEBUTÍKIN. — Todavía no...

MASHA. — Cuando se consigue la felicidad de a ratos, por pedacitos, y después se la pierde, como yo ahora, entonces, poco a poco, una se vuelve muy mala. (Indica su pecho.) ¿Ve? Aquí me hierve. (Mirando a su hermano Andréi que pasea el cochecito.) Ahí está Andréi, nuestro hermano... Todas las esperanzas están ya perdidas. Miles de personas izan una enorme campana, con tremendos esfuerzos y gastos, y de pronto, la campana cae y se rompe. De pronto, sin ton ni son. Igual que Andréi.

ANDRÉI. — ¿Cuándo se tranquilizará la casa de una vez por todas? ¡Hay un ruido!

CHUBUTÍKIN. — Pronto. (Mira su reloj.) Tengo un reloj antiguo, que suena. (Le da cuerda. El reloj suena.) La primera, segunda y quinta batería se van a la una en punto. (Pausa.) Yo me marcho mañana.

ANDRÉI. — ¿Para siempre?



CHEBUTÍKIN. — No sé. Quizás vuelva dentro de un año. Pero sólo el diablo lo sabe... ¡Qué más da!

(Se oye lejos el sonido de un arpa y un violín.)

ANDRÉI. — La ciudad quedará vacía. Como cubierta por una funda. (Pausa.) ¿Qué pasó ayer, cerca del teatro? Todos hablan de eso pero yo no sé nada.

CHEBUTÍKIN. — Nada. Tonterías. Solióny se burlaba del barón; éste encolerizado le ofendió y resultó que al final Solióny y se vio obligado a retarlo a duelo. (Mira su reloj.) Creo que ya es la hora... A las doce y media, en el bosquecito aquel del otro lado del río... ¡Pum, pum! (Se ríe.) Solióny se cree Lérmontov, y hasta escribe versos. Pero entre bromas y bromas ya es su tercer duelo.

MASHA. — ¿De quién?

CHEBUTÍKIN. — De Solióny.

MASHA. — ¿Y el barón?

CHEBUTÍKIN. — ¿Qué hay con el barón? (Pausa.)

MASHA. — Todo se me ha embrollado en la cabeza... Sin embargo, creo que no debiéramos permitirles. Es capaz de herir al barón y hasta de matarlo.

CHEBUTÍKIN. — El barón es una buena persona, pero un barón más, un barón menos, ¿qué más da? ¡Allá ellos! ¿Qué importa? (Se oye de lejos: "Ji-ja".) No tanto apuro. Es el padrino, Şkuartsov. Está sentado en el bote. (Pausa.)

ANDRÉI. — A mi parecer, participar en un duelo o asistir a él, aunque sea en calidad de médico, es una inmoralidad.

CHEBUTÍKIN. — Nos parece así... Pero nosotros no existimos. No hay nada en este mundo. Solamente nos parece que existimos. No hay nada en este mundo. Solamente nos parece que existimos. ¿Y qué más da?

MASHA. — Y así pasan el día, hablan, hablan... (Camina.) Vivimos en un clima en el cual en cualquier momento puede nevar, y encima estas conversaciones... (Se

detiene.) No entraré en la casa. No puedo entrar ahí... Cuando venga Vershinin, avísenme. (Se va por la avenida.) Ya están volando las aves migratorias. (Mira arriba.) Son cisnes, o gansos... Queridos míos..., dichosos ustedes. (Se va.)

ANDRÉI. — ¡Qué vacía quedará la casa! Se irán los oficiales, se irá usted, se casará mi hermana y yo quedaré solo.

CHEBUTÍKIN. — ¿Y su mujer?

(Entra Ferapónt con papeles.)

ANDRÉI. — Mi mujer es como es. Honesta, seria, buena digamos, pero con todo eso hay algo en ella que la rebaja al nivel de un animal mezquino, ciego y áspero. En todo caso, no es un ser humano. Se lo digo como a un amigo, como a la única persona a quien puedo abrir mi corazón. Quiero a Natasha, es verdad, pero a veces me parece increíblemente vulgar, y entonces me pierdo, no comprendo por qué la quiero tanto, o por lo menos la quise tanto.

CHEBUTÍKIN (levantándose). — Mira, hermano, mañana me voy. Quizá no nos veamos nunca más; aquí tienes un consejo. Ponte el sombrero, toma un bastón y vete; camina y camina sin mirar atrás. Cuanto más lejos te vayas, mejor será.

(Pasa Solióny con dos oficiales por el fondo de la escena: al ver a Chebutíkin se dirige hacia él. Los oficiales siguen andando.)

SOLIÓNY. — ¡Doctor! Ya es hora. Son las doce y media. (Saluda a Andréi.)

CHEBUTÍKIN. — Ya voy. ¡Qué cansado me tienen todos ustedes! (A Andréi.) Si alguien pregunta por mí, Andriusha, diles que en seguida vuelvo... (Suspira.) ¡Oh, jo, jo!

SOLIÓNY. — "Apenas pudo decir, oh, cuando ya el uso lo aplastó". (Sale con él.) ¿Por qué se queja?

CHEBUTÍKIN. — ¡Ah!

SOLIÓNY. — ¿Cómo está su salud?

CHEBUTÍKIN (con rabia). — Como la mona.

SOLIÓNY. — Usted se aflige inútilmente, amigo. No me voy a permitir mucho, solamente lo mataré de un tiro, como a una perdiz. (Saca el perfume y se vaporiza las manos.) Ya he gastado hoy un frasco entero y siguen oliendo. Huelen a cadáver. (Pausa.) ¿Recuerda usted ese poema de Lermontov? "Y él, rebelde, busca la tormenta, como si en ella hubiese paz."

CHEBUTÍKIN. — Sí. "Apenas pudo decir, oh, cuando ya el oso lo aplastó". (Salen.)

(Se oyen gritos de: "¡Ji-Ja!"; quedan en escena Andréi y Ferapónt.)

FERAPÓNT. — Los papeles... hay que firmarlos.

ANDRÉI (agitado). — ¡Déjame en paz! ¡Déjame, te lo suplico! (Se va con el cochecito.)

FERAPÓNT. — Pero para eso están los papeles, para firmarlos. (Se va por el fondo de la escuela.)

(Entran Irina y Túsenbach; éste lleva sombrero de paja. Pasa Kulíguin gritando: "¡Uh - Uh! Masha!")

TÚSENBACH. — Creo que es la única persona de la ciudad que se alegra de que los militares partan.

IRINA. — Es comprensible. (Pausa.) ¡Qué vacía quedará nuestra ciudad ahora!

TÚSENBACH. — Querida, volveré en seguida.

IRINA. — ¿Adónde vas?

TÚSENBACH. — Debo ir a la ciudad, para... despedir a los compañeros.

IRINA. — No es cierto, Nikolái, ¿por qué estás tan distraído hoy? (Pausa.) ¿Qué pasó aver cerca del teatro?

TÚSENBACH (gesto de impaciencia). — Dentro de una hora estaré de vuelta aquí, contigo. (Besa la mano de Irina.) ¡Tesoro mío! (Mira fijamente su cara.) Hace ya cinco años que te quiero, pero aún no puedo acostum-

brarme, y me pareces cada vez más hermosa: ¡Qué cabellos tan maravillosos! ¡Qué ojos! Mañana te llevaré conmigo, trabajaremos juntos, seremos ricos y mis sueños renacerán. Serás dichosa. Pero hay algo, una sola cosa: ¡tú no me quieres!

IRINA. — ¡Eso no está en mis manos! Seré tu mujer, fiel y sumisa, pero... amor no hay. ¿Qué he de hacerle? (Llora.) No he amado ni una sola vez en mi vida. Oh, he soñado tanto con el amor, sueño hace mucho tiempo ya, día y noche, pero mi alma es como un valioso piano cerrado cuya llave se ha perdido. (Pausa.) Tienes una mirada inquieta.

TÚSENBACH. — No he dormido en toda la noche. No hay nada en mi vida que me asuste, únicamente esa llave perdida me atormenta el alma, no me deja dormir... Dime algo... (Pausa.) Dime algo...

IRINA. — ¿Qué? ¿Qué decirte? ¿Qué?

TÚSENBACH. — Algo.

IRINA. — ¡Vamos, vamos!

(Pausa.)

TÚSENBACH. — Es curioso notar qué bagatelas, qué futesas adquieren en la vida repentina importancia sin saberse cómo ni por qué. Uno sigue riéndose de ellas, las considera menudencias, y sin embargo se deja llevar por ellas y no puede detenerse. ¡Ah, no hablemos de eso! Me siento alegre. Como si viera estos cedros, estos abedules y estos arces por primera vez. Y todo parece observarme con interés, como esperando algo. ¡Qué hermosos son estos árboles! Y en realidad, qué hermosa debiera ser la vida al lado de ellos. (Gritos: "¡Ji-ja".) Debo irme, ya es hora... Ese árbol está seco, pero sigue meciéndose en el viento junto a los demás. Me parece que yo también, si muero, seguiré participando en la vida de algún modo. Adiós, querida... (Le besa la mano.) Tus papeles, aquellos que me diste, están sobre mi mesa, bajo el almanaque.

IRINA. — Yo también iré contigo.

TÚSENBACH (*gritando*). — ¡No, no! (*Se va rápidamente. Al llegar a la avenida se detiene.*) ¡Irina!

IRINA. — ¿Qué?

TÚSENBACH (*sin saber qué decir*). — No he tomado el café todavía. Diles que me lo preparen. (*Sale apresuradamente.*)

(Irina queda pensativa, luego se encamina al fondo y se sienta en la hamaca. Entra Andréi con el cochecito; aparece Ferapónt.)

FERAPÓNT. — Andréi Serguéievich, estos papeles no son míos, son de la oficina, yo no los inventé.

ANDRÉI. — Oh, ¿dónde está, adónde se ha ido mi pasado, cuando yo era joven, alegre, inteligente, cuando soñaba y pensaba con gracia, cuando mi presente y mi futuro parecían brillantes? ¿Por qué será que en cuanto empezamos a vivir nos ponemos pesados, grises, sin interés, indolentes, apáticos, inútiles, desdichados?... Nuestra ciudad tiene doscientos años, hay en ella cien mil habitantes, pero ni uno que no sea idéntico a los otros; ni un solo sabio, ni un solo pintor, sea en el pasado o en el presente; ni una sola personalidad que se haya destacado un poco de los demás, que haya provocado envidia o un ferviente deseo de imitarlo... No hacen más que comer, dormir y después morir... Nacen otros y también comen, beben, duermen, y para no embrutecerse totalmente de hastío se entretienen con maledicencias, con vodka, con el juego, con pleitos. Las mujeres engañan a sus maridos, éstos mienten, simulando no ver ni oír nada; y todo este ambiente mezquino y vulgar aplasta a los hijos, apaga en ellos cualquier chispa divina que hayan tenido y los vuelve miserables, semimuertos y tan parecidos los unos a los otros, como sus padres. (*A Ferapónt con enojo.*) ¿Qué quieres?

FERAPÓNT. — ¿Cómo? Que firme los papeles.

ANDRÉI. — Me tienes harto.

FERAPÓNT (*entregando los papeles*). — El portero del departamento de finanza me dijo ahora que en San Petersburgo hizo doscientos grados de frío.

ANDRÉI. — El presente me da náuseas, pero cuando pienso en el futuro, ¡oh, qué alegría! Todo se despeja, se amplía; hay luz, libertad; mis hijos y yo nos liberamos de la indolencia, del "kvas"<sup>1</sup>, del eterno ganso con repollo, de las siestas, de este parasitismo degradante...

FERAPÓNT. — Dicen que se han helado dos mil personas. La gente está horrorizada; en San Petersburgo, creo que era, o en Moscú, no recuerdo.

ANDRÉI (*dominado por la ternura*). — ¡Hermanitas mías, mis hermanas maravillosas! (*Entre lágrimas.*) Masha, querida...

NATASHA (*en la ventana*). — ¿Quién habla tan fuerte aquí? ¿Eres tú, Andriusha? Vas a despertar a Sófokha. *Il ne faut pas faire du bruit, la Sophie est déjà dormie. Vous êtes un ours*<sup>2</sup> (*Enojándose.*) Si quieres conversar entrega entonces el cochecito con la criatura a alguna otra persona. ¡Ferapónt, saca el cochecito al señor!

FERAPÓNT. — Obedezco. (*Toma el cochecito.*)

ANDRÉI (*confuso*). — Yo hablaba en voz baja.

NATASHA (*en la ventana*). — ¡Bobik! ¡Bobik travieso! ¡Bobik malo!

ANDRÉI (*ojeando los papeles*). — Bueno, voy a revisarlos y firmarlos, y tú los llevarás de nuevo... (*Se va leyendo los papeles; Ferapónt se lleva el cochecito al fondo del jardín.*)

NATASHA (*en la ventana*). — Bobik, ¿cómo se llama tu mamá? ¡Encanto, precioso! Y ésta, ¿quién es? Tía Olga. Dile a tía: Buenos días, Olga.

(*Dos músicos ambulantes, una joven y un hombre, llegan tocando un violín y un arpa: de la casa*)

<sup>1</sup> Kvas: Bebida gaseosa.

<sup>2</sup> No hay que hacer ruido, la Sófokha ya está dormida. Es usted un oso.

*sulen Vershinin, Olga y Anfisa; escuchan unos minutos en silencio. Se acerca Irina.)*

OLGA. — Nuestro jardín es como un lugar público. Todos pasan por aquí. ¡Ñaña, dales algo a estos músicos!

ANFISA (*dando unas monedas*). — ¡Vayan con Dios, buena gente! (*Los músicos se inclinan y salen.*) ¡Pobres desgraciados! No es con el estómago lleno que uno se pone a tocar en las calles. (*A Irina.*) ¡Buenos días, Irinuushka! (*La besa.*) ¡Ah, hijita, qué vida llevo! ¡Qué vida! Con Olechka, en un departamento de la escuela, gratis. ¡Dios se apiadó de mi vejez! Nunca, desde que nací, pobre pecadora, he vivido con tanta comodidad. El departamento es grande, no hay alquiler, y tengo un cuartito para mí sola y una camita. Y todo gratis. A veces me despierto de noche. ¡Dios mío, Virgen Santísima, me siento la criatura más feliz de la tierra!

VERSHININ (*mirando su reloj*). — Nos marchamos, Olga Serguéievna. Debo irme. (*Pausa.*) Le deseo todo lo mejor... lo mejor. ¿Dónde está María Serguéievna?

IRINA. — Por el jardín... Voy a buscarla.

VERSHININ. — Sí, por favor. Tengo prisa.

ANFISA. — Yo también iré a buscarla. (*Grita.*) ¡Máshenka, uh-uh! (*Se va con Irina al fondo del jardín.*) ¡Uh-uh!

VERSHININ. — Todo tiene su fin. Y aquí estamos, despidiéndonos. (*Mira su reloj.*) La ciudad nos ha dado algo así como un almuerzo de despedida: tomamos champán, el intendente pronuncio un discurso... Yo comía, escuchaba, pero mi corazón estaba aquí, con ustedes. (*Echa una mirada al jardín.*) Me he acostumbrado tanto a ustedes...

OLGA. — ¿Nos veremos otra vez, algún día?

VERSHININ. — Probablemente, no. (*Pausa.*) Mi mujer y las dos niñas se quedarán aquí unos dos meses más. Por favor, si sucediese algo, si necesitaran...

OLGA. — Sí, sí, claro... No se preocupe. (*Pausa.*) Ma-

ñana ya no quedará ni un solo militar en la ciudad, todo no será más que un recuerdo, y para nosotros comenzará una nueva vida, sin duda. (*Pausa.*) Aquí todo es tan distinto a nuestro modo de ser. Yo no quería ser directora; sin embargo, lo soy. Eso quiere decir que no iremos a Moscú...

VERSHININ. — Bueno, gracias por todo... Perdóneme si... alguna vez... he hablado mucho, demasiado... Perdone eso también. No me guarde un mal recuerdo.

OLGA (*enjugándose los ojos*). — ¿Qué hace Masha que no viene?

VERSHININ. — ¿Qué otra cosa puedo decirle como despedida? ¿Para qué filosofar? (*Ríe.*) La vida es dura. A muchos de nosotros nos parece sin esperanzas, como un callejón sin salida, pero hay que admitir que se está volviendo más clara, más fácil, y es evidente que no está lejos el día en que será totalmente clara. (*Mira su reloj.*) Ya es la hora, ya es la hora de que me vaya. Antes la humanidad estaba enteramente ocupada por las guerras, llenando sus vidas con campañas, invasiones y victorias. Ahora eso pasó, dejando un enorme vacío detrás de sí. Y no tenemos con qué llenarlo; la humanidad busca afanosamente y, por supuesto, algún día lo encontrará. ¡Ah, pero ojalá sea pronto! (*Pausa.*) Si solamente se pudiera agregar el amor al trabajo, a la instrucción y la instrucción al amor al trabajo... (*Mira su reloj.*) ¡Debo irme!

OLGA. — Aquí viene.

(*Entra Masha.*)

VERSHININ. — Vine a despedirme...

(*Olga se aleja un poco para no molestar.*)

MASHA (*mirándolo a la cara*). — ¡Adiós! (*Beso prolongado.*)

OLGA. — ¡Basta! ¡Basta!

(*Masha llora desesperadamente.*)

VERSHININ. — Escribeme... ¡No me olvides! ¡Déjame... , debo irme!... Olga Serguéievna, llévesela, ya es tarde, debo partir... (*Muy emocionado besa las manos de Olga, abraza otra vez a Masha y sale rápidamente.*)

OLGA. — ¡Basta, Masha! Cálmate, querida...

(*Entra Kulíguin.*)

KULÍGUIN (*confuso*). — No es nada, que llore un poco, no es nada... Mi buena Masha, mi dulce Masha... Eres mi mujer, y sea como sea soy feliz... No me quejo, no te hago el menor reproche... Olga es testigo... Empezaremos la vida de nuevo, como antes, y yo no te diré ni una palabra..., jamás...

MASHA (*reteniendo los sollozos*). — Cerca del mar hay un roble verde... Una cadena de oro rodea su tronco..., rodea su tronco... Estoy enloquecida... Cerca del mar... hay un roble verde...

OLGA. — Cálmate, Masha, cálmate... Tráele agua.

MASHA. — No lloro más...

KULÍGUIN. — No, ya no llora más, es buena...

(*Se oye un disparo lejano.*)

MASHA. — Cerca del mar hay un roble verde, una cadena de oro rodea su tronco... Gato verde..., roble verde... Estoy confundiendo... (*Bebe el agua.*) Mi vida es un fracaso..., ya nada necesito ahora... En seguida me calmaré... Nada importa... ¿Qué quiere decir "cerca del mar"? ¿Por qué tengo esta frase en la cabeza? Mis ideas se confunden.

(*Entra Irina.*)

OLGA. — Cálmate, Masha. Así..., vamos adentro.

MASHA (*con enojo*). — No pienso ir allá. (*Solloza, pero inmediatamente se retiene.*) Ya no voy más a la casa, no iré.

IRINA. — Por favor, sentémonos un ratito juntas, aun-

que sea en silencio. Piensen que mañana me marchó. (*Pausa.*)

KULÍGUIN. — Ayer en la clase le quité a un alumno este bigote y esta barba. (*Se pone los bigotes y la barba.*) Me parezco al profesor de alemán. (*Ríe.*) ¿No es cierto? ¡Qué cómicos son los niños!

MASHA. — Es cierto, te pareces al alemán.

OLGA (*riendo*). — Sí.

(*Masha llora.*)

IRINA. — ¡Masha, no llores!

KULÍGUIN. — Me parezco mucho...

(*Entra Natasha y una criada.*)

NATASHA (*a la criada, que la sigue*). — ¿Cómo? El señor Protopópov cuidará a Sófokha, y a Bobik que lo pasee Andréi Serguéievich. ¡Cuánto trabajo dan los chicos!... (*A Irina.*) Irina, ¿te vas mañana? ¡Qué lástima! ¿Por qué no te quedas una semana más? (*Al ver a Kulíguin grita. Éste se ríe y se quita bigote y barba.*) ¡Qué susto me ha dado! (*A Irina.*) Me he acostumbrado tanto a tu compañía... ¿Crees que me será fácil separarme de ti? Voy a mudar a Andréi con su violín a tu cuarto — ¡que serruche allí! —. Y en su habitación pondré a Sófokha. ¡Es una criatura maravillosa, divina! ¡Qué encanto! Hoy me miró con sus ojazos y dijo: ¡Mamá!

KULÍGUIN. — Es verdad, es una criatura adorable.

NATASHA. — Entonces, mañana ya estaré sola aquí. (*Suspira.*) Antes que nada mandaré cortar esta avenida de cedros, después este arce... ¡Queda tan feo de noche!... (*A Irina.*) Querida, ese cinturón no te queda nada bien. Es de mal gusto. Tendrías que usar algo más claro. Y aquí por todas partes mandaré plantar flores, todo flores. ¡Habrá una fragancia! (*Severamente.*) ¿Por qué hay un tenedor en este banco? (*Va hacia la casa. A la criada.*) ¿Por qué hay un tenedor en ese banco? Te pregunto. (*Grita.*) ¡Silencio! (*Sale.*)

KULÍGUIN. — ¡Bueno, empezó!

(Fuera de escena una banda militar toca una marcha; todos escuchan.)

OLGA. — Se van.

(Entra Chebutíkin.)

MASHA. — Se van. Y bien... ¡buena suerte! (A su marido.) Hay que ir a casa. ¿Dónde está mi sombrero y mi capa?

KULÍGUIN. — Los llevé adentro. En seguida los traigo.

OLGA. — Sí, podemos irnos todos. Ya es hora.

CHEBUTÍKIN. — ¡Olga Serguéievna!

OLGA. — ¿Qué? (Pausa.) ¿Qué?

CHEBUTÍKIN. — Nada... No sé cómo decirlo... (Le habla al oído.)

OLGA (asustada). — ¡No puede ser!

CHEBUTÍKIN. — Sí. ¡Qué historia!... Estoy tan cansado... rendido. No quiero hablar más del asunto... (Con despecho.) En fin, ¿qué más da?

MASHA. — ¿Qué ha sucedido?

OLGA (abrazando a Irina.) ¡Qué día terrible!... No sé cómo decírtelo, querida...

IRINA. — ¿Qué? Hablen pronto. ¿Qué pasa? ¡Por amor de Dios! (Llora.)

CHEBUTÍKIN. — En el duelo, acaban de matar al barón.

IRINA (llora quedamente). — Lo sabía. lo sabía...

CHEBUTÍKIN (se sienta en un banco al fondo del jardín). — ¡Qué cansancio! (Saca un diario de su bolsillo.) Que lloren un poco... (Canturrea suavemente.) Tara-ra-bú... día... ta-ra-ra-búm-día... ¿Qué más da?

(Las tres hermanas están de pie, muy juntas.)

MASHA. — ¡Cómo toca la banda! Se alejan de nosotros, uno ya se fue del todo, para siempre; nos quedaremos solas a rehacer nuestras vidas. Hay que vivir... hay que vivir...

IRINA (pone su cabeza en el hombro de Olga). — Llegará el día en que todos comprenderán por qué sucede esto, para qué son estos sufrimientos, no habrá más misterios; pero mientras tanto hay que vivir... ¡trabajar, solamente trabajar! Mañana partiré sola, enseñaré en el colegio y daré mi vida a aquellos que quizás la necesiten. Estamos en otoño, pronto vendrá el invierno, la nieve cubrirá todo, pero yo seguiré trabajando... trabajando...

OLGA (abrazando a sus hermanas). — ¡La música es tan alegre que anima, da ganas de vivir! ¡Oh, Dios mío! Pasaré el tiempo y nosotras nos iremos para siempre, seremos olvidadas, olvidarán nuestras voces, nuestras caras y cuántas éramos, pero nuestros sufrimientos se transformarán en alegría para aquellos que vivirán después de nosotras: reinará la paz y la dicha en esta tierra, y entonces recordarán con bondad y bendecirán a los que hemos vivido hoy. ¡Herманas queridas, nuestras vidas no han terminado aún! ¡Vivamos! ¡La música suena tan alegre, tan alentadora que parece que un poquito más y sabremos por qué vivimos, por qué sufrimos...! Si supiéramos, si solamente supiéramos!

(La música se va alejando cada vez más. Kulíguin, contento y sonriente, trae la capa y el sombrero. Andréi empuja el cochecito en el que está sentado Bobik.)

CHEBUTÍKIN (canturrea suavemente). — Tara-ra-búm-día. (Lee el diario.) ¿Qué más da? ¿Qué más da?

OLGA. — ¡Si supiéramos, si supiéramos!

F I N